

Un bello
CADAVER

FBI

O.C. TAVIN

O. C. TAVIN

UN BELLO
CADAVER



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



Madera, 10, Madrid.

N.º Rgto. 11676.—59
DEPÓSITO LEGAL. M. 4315.—59

José RUIZ ALONSO - Impresor - Quiñones, 2 - Tel. 24 86 51-Madrid

I

EL coche sedán Cadillac Fleetwood, negro, nuevo, de último; modelo, se detuvo suavemente ante la ancha puerta del taller de reparaciones de Capper, sito en la 60 East Street, muy cerca del ruidoso puente de Queensboro.

Del vehículo se bajaron dos hombres bien portados, quienes miraron un instante la fachada del edificio que constaba del taller de reparaciones y el piso superior, de vivienda, con tres anchas ventanas.

—Es aquí —dijo uno de ellos, de mediana estatura, ancho de espaldas y cintura, macizo, que llevaba una trinchera sin cinturón y un sombrero de castor, última moda, color marrón, armonizando con su traje y los zapatos.

—Sí, es aquí. Y ahí está él —señaló el otro hombre el interior de la nave, espaciosa, donde había varios coches y dos motocicletas. El otro hombre era alto, delgado, de aspecto también fuerte, musculoso, y vestía un gabán azul marino entallado, sombrero gris perla, de ala baja, y zapatos negros.

Tumbado en el suelo, casi debajo de un coche de turismo, aparecía la cara sucia de hombre, que les miraba ahora con curiosidad. En la mano tenía una llave inglesa.

—Hola, Bob. ¡Diablos, dichosos los ojos que te ven, aunque ahora parezcas un negro escapado del Harlem! —exclamó el que había conducido el coche Cadillac y vestía de marrón—. ¿No te acuerdas de los amigos? ¡Vamos, sal de ahí, hombre!

El mecánico los miraba con extrema curiosidad desde el lugar en que se hallaba situado. Luego salió de allí y se puso de rodillas, observándoles escrutadoramente, arrugado el ceño, hosco el semblante.

Bob Capper tendría unos treinta y tres años y tenía una estatura aventajada, que parecía aún mayor debido a su delgadez. Anchos hombros y estrecha cintura indicaban su fortaleza física, grande sin duda alguna.

Había mucho de sombrío en su rostro, serio, de mentón acusado, nariz algo achatada y labios gruesos. Su frente presentaba arrugas profundas, así como los lados de las mejillas, demacradas.

—Hola —contestó muy secamente, acentuando el tono de displicencia mientras se erguía, limpiándose las engrasadas manos con un trapo—. Si he de deciros la verdad, no me alegra nada veros otra vez. Lo pasado, pasado.

—¿Qué tal las vacaciones en Sing? —preguntó en tono zumbón el segundo de Fletcher, de alta estatura.

—Si me hubiera dado la gana, tú me habrías acompañado y hasta tal vez estarías todavía allí. Eras más «jefazo» que yo —repuso Capper en tono violento, muy pálido.

—No hagas caso a este idiota —intervino amistosamente Fletcher, el «boss», apartando de un empujón a su segundo—. Y tú, a ver si aprendes alguna vez a no gastar bromas inoportunas —miró con severidad a Steele, el segundo, que sonrió con ironía—. Bueno, Bob, bueno; hemos venido a ver a un buen camarada, a interesarnos por tu suerte...

—No necesito nada, no quiero nada de vosotros —repuso Capper en tono resuelto—. Ya pagué mi cuenta. Han sido dos años de prueba, y he tenido tiempo de aprender muchas cosas. Lo mejor que podéis hacer es no acordaros de mí...

—Bueno, te digo —cortó Fletcher en tono siempre amistoso, su ancho rostro de luna llena reflejando amabilidad, mientras sus ojos verdes escudriñaban el rostro de Capper—. Si te detuvieron por llevar encima un paquetito no nos lo debes cargar a nosotros. Fuiste muy confiado...

—Ya sé que alguien me denunció, y esa persona me lo tiene que pagar —cortó a su vez Capper—. Pero, lo repito, nada de volver a las andadas. Soy otro, ya lo veis. Trabajo en mi oficio y me defenderé.

—¿Ganas mucho? —inquirió Steele en tono irónico, mirando a su alrededor—. No tienes ningún obrero, ni apenas nada...

—Son chapuzas, en efecto, y todavía tengo escasos ingresos;

pero ya irá mejorando. ¡Quiero tranquilidad! ¿Me entendéis? El que se ha asomado a las puertas del infierno será un idiota si pretende entrar más.

—Recuerda, Bob —murmuró Fletcher, el «boss»—, que no te han faltado paquetes nuestros, ni dinero. Ya sabes que nuestra organización penetra hasta en

Sing-Sing.

Tuviste buen tabaco, buena ropa interior, dinero en abundancia para sobornar y que te librasen de servicios duros. No te hemos abandonado. Serías injusto si no lo reconocieras.

—Muchas gracias —respondió Capper en tono irónico—. También sabíais vosotros que yo no me iba de la lengua, y eso os daba mucha tranquilidad, ¿no es así? Pues bueno, estamos en paz. ¡No quiero nada con vosotros ya!

—¿Es que el

F. B. I.,

te vigila ahora? ¿Lo haces por miedo? —inquirió Steele, siempre mordaz, mirando con desprecio a Capper.

—No me vigila el

F. B. I.

Al menos eso me han dicho. Es una gente esa que no revuelve la herida cuando uno ha pagado su deuda. Tienen mis datos, claro, por si reincido; pero dan oportunidades para que uno no vuelva a las andadas. Y yo no pienso hacerlo. ¿No está claro?

—La verdad es que los del

F. B. I.,

te han regenerado de veras —murmuró Steele, sonriendo—. Ese lenguaje es propio del arrepentido que vuelve al redil. ¿Te visita algún misionero? ¿O los del

F. B. I.,

te dan conferencias de moralidad?

—¡Cállate de una vez, idiota! —rugió Fletcher, amenazando con el revés de su diestra a su segundo—. Tienes unas maneras que irritan a cualquiera. Bueno, tú ya le conoces, Bob, y no debes hacerle caso. No piensa como yo, y eso debe bastarte. Veamos, muchacho... —Se rascó la sotabarba, mirando a Capper, que a su vez les observaba con marcada hostilidad—. Ya te he dicho que no debes ni puedes abandonarnos. ¡No puedes, sencillamente!

—No puedes —agregó Steele, moviendo la cabeza con energía—. No podemos nosotros estar, como quien dice, en tus manos, a tu merced. Un día te levantas de mal humor, o te duele el estómago, o te aprietan los del

F. B. I.,

y nos hundes definitivamente de la manera más sencilla. Recitando nombres.

—¿No os digo que no lo he hecho, que estoy trabajando en lo mío y que no me acordaba para nada de vosotros? ¿Os pido algo? —farfulló Capper, moviendo la cabeza y los hombros con aire de impaciencia y cólera—. ¡Idos al diablo y dejadme en paz de una vez! ¡Si vuelven a echarme mano por algo, tendré para diez años de encierro, y eso hay que vivirlo durante dos solamente para darse cuenta de lo que es! Yo no os haré nada. También sé que la traición la hacéis pagar cara. ¡Pues yo no sabré nunca nada de vosotros! ¿No es bastante lo que os digo?

—¡No, Bob! —repuso resueltamente el «boss», moviendo la ancha cara con energía, en sus verdes ojos llameando la amenaza fría, cruel.

—El que ha patinado una vez, muchacho —intervino Steele, con aire indiferente—, patinará siempre. Entraste en nuestra organización, a fondo, y ahora no vas a abandonarnos como puede abandonar un obrero su tajo porque no le gusta lo que le mandan hacer. Tiene razón el jefe. O sigues con nosotros, o... —Hizo un gesto con las manos como si retorciera el cuello a un pollo.

—Dicho de otro modo, Bob —arguyó Fletcher sonriendo bonachón—. Te necesitamos. Mira, precisamente, porque eres mecánico de coches. ¿Te sorprende? Pues es así. No vamos a meterte en el reparto de las drogas. Sería idiota. Ya te pescaron y no debes ni tocarlas más. Pero puedes ayudarnos bien, y ganarás mucho dinero, con mucha menos responsabilidad. ¿Qué te parece?

—Que no pico, Fletcher —repuso hoscamente Capper—. No me digáis nada de lo vuestro. No sabiéndolo, mal os puedo denunciar. ¡No quiero nada con vosotros, maldita sea!

Fletcher sonrió amablemente. Sacó del bolsillo interior de la americana un sobre, que abrió, mostrando a Capper unos billetes de Banco.

—Mil «águilas», muchacho, a cuenta de tu futuro trabajo. ¡Esto

es hacer las cosas formalmente! ¡Vamos, cógelo, muchacho! —Se los metió en un bolsillo del mono que llevaba puesto a Capper.

—¿Cuándo vas a ganar mil dólares tú, así, tan fácilmente? —dijo Steele, guiñándole un ojo al mecánico—. ¡No seas ridículo, hombre! Ya verás como lo que te pedimos es una bobada. Anda, jefe, díselo. El chico es discreto y no lo contará a nadie. Sabe lo que le ocurrirá.

Capper sacó del bolsillo el sobre y extrajo los billetes, frunciendo el ceño. Hizo ademán de romperlos, pero Fletcher y Steele, sonriendo con ironía, contuvieron su impulso.

—¿Por qué me das este dinero? —preguntó, desconfiado—. ¿Para taparme la boca? Ya te dije que yo no...

—Verás, Bob —siguió Fletcher, haciendo un gesto a su segundo para que no le interrumpiera—. La cosa es ingeniosa, como mía. De ahora en adelante no vamos a esperar a que nos traigan las drogas para luego distribuirlas. Es un método anticuado, peligroso, muy expuesto. Y muy caro, por las manos en que pasa hasta que las recibimos.

—No quiero saber nada de eso. Has dicho que yo no intervendría en el reparto. Ya lo sabes —repuso abruptamente Capper.

—Calla, hombre. Nadie te va a pedir que toques ni un solo sobre de droga. Vas a hacer algo que sabes hacerlo, sin exponerte nada. Nosotros vamos por las drogas al extranjero, las traemos, las distribuimos y por eso los beneficios serán mayores, suprimiendo los intermediarios ladrones.

—Bueno, eso no me importa. ¡Quiero saber qué es lo que tengo que hacer yo! ¿Guardarlas aquí? ¡Ni hablar! —saltó Capper, moviendo la cabeza con energía.

—¡Nosotros vamos por las drogas en coches, idiota, y las traemos en ellos! —gritó Fletcher, impaciente—. ¡Y no solamente drogas, sino brillantes, piedras preciosas! ¡Seremos turistas que recorreremos Holanda, Cuba, Tánger, Egipto!

¡Donde se pueden comprar buenas mercancías a precios asequibles, sin intermediarios! ¿No caes?

—¡Hum! Un poco, me parece —murmuró Capper, arrugado el ceño—. Sois turistas que lleváis coches preparados, con escondrijos invisibles... ¿Eh?

—¡Diablos, ya era hora! —exclamó Fletcher, dando un manotazo

en un hombro a Capper—. ¡Eso es, muchacho! Coches preparados, ni más ni menos. Ya no vendrán las drogas en los barcos, en avión, en lanchas rápidas. Todo eso se lo sabe de memoria la Policía, el F. B. I.,

los de Aduanas, y cada día es más difícil introducir mercancía. Y como es más difícil, los que las traen exigen más y más. Todo el beneficio, casi, para ellos. ¡Ni hablar!

—¿Te percatas, miedo? —dijo Steele, ofreciendo un cigarrillo a Capper, que parecía estar reflexionando profundamente lo que dijera Fletcher—. Peligro para ti, ninguno. Te traemos un coche y tú practicas en él, de acuerdo con lo que te digamos, unas operaciones quirúrgicas —rió, alegremente, ofreciendo su mechero a Capper—, que permitan esconder un par de libras de drogas y un sitio pequeño para los brillantes.

—Eso es —afirmó Fletcher, sonriendo—. Como mecánico, puedes hacerlo mejor que nadie. Buscas los rincones mejores, sueldas, deformas, ocultas...

—Ya sabéis que hay especialistas en Aduanas que saben de eso mucho —objetó Capper, preocupado—. Hay que hacer las cosas bien. Buscar los sitios más disimulados; que sean escondrijos poco voluminosos, que no levanten sospechas. No es tan fácil como creéis.

—Pero tú has de saberlo hacer, no digas —objetó Fletcher—. Sobre todo, se te aguzará la astucia cuando tengas en la mano dos mil «pavos», o más, por hacer un trabajo que te llevará un par de horas. El pago, una vez las mercancías aquí. Tú tendrás que esperar ese plazo.

—Pero ya te hemos dado mil a cuenta, para que veas que hay formalidad y deseos de ayudarte. Ahora no tienes dónde caerte muerto, pero nosotros te sostenemos —dijo Steele—. ¿Hecho?

—Hecho, claro que sí —dijo Fletcher en tono seco, imperativo—. Te hemos confiado un secreto importante, además de lo otro, y no puedes decir que no. No verías el día de mañana, te lo advierto, si te negaras. Y cuidado con la lengua, Bob. La cosa no es para andar jugando.

—Hecho —repuso Capper, guardándose los billetes en el bolsillo del mono—. Pero yo haré eso y nada más, os lo advierto. No toco un sobre de drogas, ni se lo llevo a nadie, ni voy a cobrar a

ninguno. Tampoco os conviene que lo haga, cuando el
F. B. I.,
ya me tiene fichado.

—De acuerdo. Mira, vamos a dejarte el coche que hemos traído. Anda, Clem —dijo a Steele, que salió a calle—. Mételo aquí. Lo pones en aquel rincón. Que lo vea Bob y estudie dónde puede hacer unos compartimentos secretos, pequeños, invisibles a toda inspección.

—De acuerdo. Eso me gusta —dijo Capper, sonriendo con aire satisfecho—. Yo seguiré admitiendo chapuzas, para despistar; que vean que trabajo en algo. Y por la noche, por ejemplo, hago lo de los coches vuestros. Hay que variar de escondrijos, por si acaso, después de cada viaje.

—Avísame por teléfono cuando esté hecho el trabajo —dijo Fletcher, entregándole una tarjeta—. Y date prisa. Hazlo bien, Bob. Nos jugamos mucho en ese trabajo.

Capper, cuando se quedó solo, fue a su oficina, en un rincón de la nave, separada por dos tabiques de madera, donde tenía una mesita con papeles, facturas, una máquina de escribir y un aparato telefónico.

Sacó del bolsillo del mono el fajo de billetes, contándolos. Mil dólares. Para él, una fortuna, que le habían puesto en la mano a cambio de verificar una chapuza en un coche. Y tendría más dinero, mucho más. Le necesitaba Fletcher y eso se traduciría en dinero contante.

Pensó, con cierta aprensión, en el
F. B. I.

Le habían dicho que si se portaba en adelante como hombre decente, no solamente no le pasaría nada, sino que le ampararían contra posibles represalias de sus cómplices en la delincuencia. Que, incluso, le facilitarían trabajo, dando de él informes favorables.

Y así había sido. Dos amigos del agente especial Newton, del
F. B. I.,

le habían llevado sus coches para verificar unos arreglos. Eran dos clientes ya seguros. Vendrían otros después. Todo ello si él se portaba dignamente. Pero si volvía a las andadas...

II

PASO una noche, como él dijera después, «de miedo». Regresó al piso que ocupaba, encima del taller de reparaciones, a las cinco de la madrugada, empapado en alcohol, con cerca de doscientos dólares menos en su cartera, pero con una euforia irreprimible. Un buen hartazgo de placeres, después de dos años de severísima dieta.

Era la vida que le gustaba, que había llevado desde que entró casi en la pubertad.

Ahora, tras haber dormido unas horas, hacia las once de la mañana, estaba ocupado en el asunto de los escondrijos en el Cadillac. Lo había situado sobre el foso, para poder ver desde abajo el montaje del bastidor, el motor y los huecos de los guardabarros.

Se decidió por fabricar un compartimiento en una de las cuatro portezuelas. Le había dicho Fletcher que tenían que ser en lugares asequibles para no tener que andar quitando soldaduras y volver a soldar, siendo él o sus muchachos inexpertos en semejantes asuntos.

Ocupado en aquello, con la chapa de plástico quitada y limando un poco el bastidor para acoplar la cajita, ya en su sitio, sintió pasos ligeros tras él. Y un aroma suave, como a violetas, embriagador.

Volvió la cabeza, asombrado y un poco disgustado por no haber sentido antes que alguien entrada en la nave.

Una mujer, sonriendo, le estaba mirando curiosamente. Mirándole a él y observando lo que hacía. Quizá mirando lo que hacía más que observándole a él.

—Buenos días, señor Smith —dijo con aire desenfadado, acentuando la sonrisa—. Trabajando para ganarse el pan nuestro de cada día, ¿no es eso?

Capper la miró, menos sobresaltado ya que fascinado. ¡Vaya una linda muchacha! Un poco menos alta que él, que era bastante;

esbelta, con una figura de anuncio de fajas para señora, de trajes de baño o de maniquí de una casa de alta costura. Anchos hombros, estrecha cintura, cuello ni largo ni corto, mentón pronunciado, labios de cereza, un poco gruesos, sensuales...

—Buenas —repuso Capper, abandonando el trabajo y limpiándose las manos con un trapo—. Trabajando, hermosura. Para ganar un mendrugo de pan, tal como están las cosas. Bueno, ¿una avería en su coche?

—De momento, no, señor Smith —repuso ella, que llevaba en la mano una cartera de negocios, de piel de cocodrilo, y se volvió para mirar a su alrededor inquisitivamente—. Buen local, pero en lamentable estado de descuido...

—No me llamo Smith, sino Bob Capper —repuso él, observándola a plena satisfacción. Vestía ella muy bien. Un traje hechura sastre claro, entre gris y asalmonado, con un escote discreto. Sus maravillosas piernas, ni gruesas ni delgadas, y por los tobillos finas, nerviosas, y unos zapatos de piel de serpiente, con alto tacón—. Y, en fin, dígame en qué puedo...

—Yo también trabajo para ganarme el mendrugo, señor Capper —repuso ella, dándole la espalda mientras observaba el local. Silbaba ahora bajito una melodía moderna—. Lo que le digo, señor. Usted instala aquí un taller de reparación de coches y no tiene un mal extintor de incendios. ¿Dónde están?

—¡Ah! Bueno, ya lo compraré. He empezado hace un mes, y, claro... —murmuró Capper, sonriendo, mientras la admiraba más y más.

—Ya lo comprará... —murmuró ella, moviendo la cabeza y prosiguiendo su inspección—. Mire ese foso —señaló la cavidad donde el mecánico se metía para examinar los coches por debajo—. Lleno de basura, de gasolina y aceite. Usted fuma, porque ahí están las colillas. Un día, una colilla prende esa basura y arde un coche que no es suyo.

—Yo no respondo de eso —aseguró Capper, un poco impresionado por las palabras de la mujer, que miraba a su alrededor—. Pagaría el seguro del coche.

—¿Quién se lo ha dicho? —Ella se volvió, mirándole severamente—. ¡Pagaría usted o la casa aseguradora de este taller, previa información, y, tal como está todo esto, temo que no lo

haría!

—Bueno, pero yo pienso poner esto en orden —murmuró Capper, un poco irritado—. Parece que está enterada de estas cosas...

—Es mi oficio, señor Capper —ahora ella se acercaba al interruptor de las luces y lo examinaba atentamente. Hizo funcionar el disyuntor, que lanzó varias chispas sin encajar bien—. ¡Estupendo! Cables sin proteger en tubos Bergman... Empalmes de cualquier manera, viejos... Un cortocircuito y esto arde cualquier noche, mientras duerme, por ejemplo. Coches valiosos, nada asegurado... ¡Pero, hombre de Dios, usted se busca la ruina!

—¡Ya sé todo eso, encanto! —exclamó Capper, irritado—. ¿No la he dicho que llevo aquí un mes y que todo lo encontré cómo está? Bueno, ¿y a usted la importa algo, en definitiva? No me ha dicho a qué ha venido, como no sea a criticar.

—¿Le extraña que vea todo esto y se lo critique, señor Capper? —Ella se volvió a él, sonriendo afablemente. Tenía unos ojos grandes, rasgados, preciosos, de claro color, llenos de inteligencia, alegres y chispeantes—. Pues, agradézcamelo. Usted nunca se ha establecido como mecánico reparador de coches, ¿verdad? Ha trabajado en otros sitios, ha encontrado todo en orden, seguramente, y no se ha fijado en que hay que estar al tanto de las responsabilidades inherentes a la seguridad de los coches y de su propia vida. Es de los que creen que nunca va a surgir el siniestro y por ello no merece la pena gastar dinero en precauciones. ¡Pues está listo!

—¿Es que vende usted aparatos de seguridad, como extintores, disyuntores, contadores de luz, soldadores de seguridad, y todo eso? —inquirió Capper en tono burlón—. ¿Por eso quiere ponerme carne de gallina?

—Le estoy adviniendo nada más que debe trabajar con arreglo a las ordenanzas municipales, sobre la seguridad personal y de este edificio, y quizá para evitarle la ruina y hasta la muerte, señor Capper —contestó ella en tono un tanto truculento—. Veamos: ¿tiene asegurado este local, su negocio? ¡No me diga que sí, porque no le creo!

—¡Pues no, diablos! —estalló Capper, sacando un cigarrillo del paquete que tenía en la mano—. ¿Qué pasa con eso?

—Pues lo va a asegurar, y ahora mismo —la muchacha abrió su cartera de mano y sacó unos impresos y una estilográfica—. Yo soy agente de seguros y crea que ha sido para usted un verdadero milagro el que haya venido a visitarle. Lea este impreso y luego firme. ¡No me mire así, haga el favor!

—¡Ah, vamos! —sonrió el mecánico con aire triunfal—. ¡Ya decía yo! Me ha querido meter el susto en el cuerpo para luego sacarme unos dólares, ¿no? Asegurar, esto, vaya... —Cogió el impreso que ella le tendía con gesto autoritario, pero sonriéndole hechiceramente—. Al negocio, ¿eh?

—Al negocio de usted, señor Capper. ¡Niegue que cuanto le he dicho sea inexacto respecto a los peligros de trabajar como la hace! Mire ese Cadillac. Es de último modelo, el de más lujo, un Fleetwood. Unos tres mil dólares de valor. Si se le incendia por accidente tendrá que pagarlo usted. La casa que lo aseguró no abonaría ni un centavo al saber que ha estado aquí, reparando. ¿Y aquél Mercury? ¿Y aquél otro Odlsmobile, último modelo?

—¡Que sí, preciosa, que sí! —farfulló Capper, leyendo el impreso con interés—. ¡No me abrume más, diablos! Los coches, el local, mi propia vida...

—Su propia vida antes que nada, señor Capper. Vive usted arriba, ¿no? Pues una noche esto se incendia y usted, dormidito, se va al cielo. Tiene que asegurar también su preciosa vida, amigo —le tendió otro impreso, que cogió Capper, aturdido, con una extraña alegría al sentir el roce de la mano de ella sobre la suya—. Lea y firme. Luego le diré lo que ha de abonar mensualmente. Voy a explicarle la tarifa más modesta, por ahora, hasta que verifique los arreglos de instalación y seguridad. ¡Mire que si viene una inspección municipal y ve lo que yo he visto, le parten por la mitad del multazo que le imponen! En serio, señor Capper.

—¡Demonios, no! —balbució el mecánico, realmente impresionado por la indudable veracidad de lo que decía la estupenda muchacha—. Vamos, haga la cuenta y dígame. Pero mire que soy modesto, que empiezo ahora...

—Ya lo sé, señor Capper. Vamos a su oficina, por favor —él la siguió como un falderillo, comiéndosela con la vista.

La encontraba maravillosa de belleza, de lista, de astuta y negociante. No dudaba de que podría sacar una póliza de seguro al

tipo más cerril y negado a hacerlo con sólo mirarle de la manera que lo hacía y dejarla hablar.

Kate Kelway, pues así se llamaba, según pudo ver cuando ella rellenaba el impreso, como si ya no hubiera nada que discutir respecto al precio, se sentó a la mesita y consultó varias tarifas después, sumando y calculando mentalmente. Capper la miraba como atontado. Estaba acostumbrado a ver mujeres guapas, a tratarlas, pero aquella Kate, ¡demonios, no!

—Mensualmente, ochenta y tres dólares, señor Capper —dijo ella al fin, mostrándole los impresos, ya rellenos—. Firme aquí, por favor —y le tendió la estilográfica, sonriendo con afabilidad.

—¡Ochenta y tres dólares al mes! —exclamó Capper, frunciendo el ceño—. ¡Diablos, la cosa sube más de lo que yo...!

—Cuando tenga en regla la instalación, los dispositivos de seguridad, el tendido de la red eléctrica y lo demás, le rebajaré veinte dólares al mes. Ahora es una póliza provisional que cubre riesgos evidentes. Pocas compañías se lo harían, amigo mío. ¡Ah, y antes de dos meses ha de tener todo en regla, o anulo el seguro! La «Atlantic» no aceptará un plazo más largo en estas condiciones. ¡Vamos, firme y pague, señor Capper!

—Sí, sí —murmuró el mecánico, sonriendo bonachonamente. Si ella le pidiera que la emprendiera a tiros con toda la Policía Metropolitana lo haría con tal de verla sonreír, tenerla cerca y sentirse mirado por aquellos ojos maravillosos.

Firmó las dos pólizas, los duplicados, y luego extrajo de un bolsillo del mono un fajo de billetes, contando la cantidad que debía de abonar a aquella tirana maravillosa.

—Ahí va —dijo, lanzando un cómico suspiro—. Tiene usted buena maña para engañar a la gente, ¿eh? Maña, belleza, atracción... —La miró intensamente, sonriendo.

—No he terminado con usted, señor Capper —repuso la muchacha, haciendo como que no advertía la mirada extraña del mecánico—. Hay otro aspecto de su negocio que es seguro no ha reparado en él. Algo que si no lo cuida puede representar su ruina...

—Bueno, ya está bien, jovencita —murmuró Capper en tono algo impaciente—. Es capaz de dejarme sin un centavo con sus ofertas. Otro día será, ¿eh? ¿Tiene más representaciones, agencias o algo por el estilo? Otro día...

—No, no, señor Capper —insistió ella en tono perentorio, sacó de la cartera un impreso, que tendió a Capper—. Todo hombre que tiene un negocio o vende algo, debe saber a quién vende y con quién trata. Su crédito, tanto moral como económico. Si paga bien, si responde en todo momento; la cantidad que puede concedérsele y de la que pueda responder...

—Mire, yo cobro cuando la chapuza está hecha y el tipo viene a recoger su coche. Si no paga, el coche se queda aquí hasta que lo haga. No hay caso.

—Sí, sí. Pero si le paga con un cheque, lo que es tan corriente, y se lleva el coche, y luego resulta que el tipo no tiene un centavo en su cuenta, ¿qué hace usted? —preguntó ella en tono severo—. Usted no ignorará que hay granujas en todas partes.

—Bueno, para uno que haya... —repuso Capper, rascándose el mentón—. No es lo corriente, vamos. En fin, ¿qué es esto? —Miró el impreso sin interés. Prefería devorar a la joven con la mirada.

—Yo tengo una agencia de informes comerciales, señor Capper. ¿Sabe lo que es eso? Usted quiere saber en todo momento la solvencia moral y económica de sus clientes, que unos le dan a ganar diez dólares, pero otros le dan cien, doscientos, y para atenderlos ha de comprar piezas de recambio costosas, emplear horas de trabajo... Bien, usted se abona a mi agencia de informes, me pide los de sus clientes y yo le digo si es ese cliente solvente o no y lo que le puede trabajar sin que le deje una deuda en pie.

—¡Ya! —Capper miró admirativamente a la muchacha, que le observaba sonriente—. Vamos, que es usted una detective, ¿no? Usted indaga, mete la linda naricita donde sea y averigua cosas secretas. Y me lo cuenta...

—Algo de eso —repuso ella riendo—. Es algo imprescindible hoy día. Saber con quién trata.

—¿Usted... ha tomado ya informes sobre mí? —preguntó él, frunciendo el ceño, en los ojos una sombra de inquietud.

—No, señor Capper. Observe que estamos haciendo operaciones al contado riguroso, y por lo tanto no tengo por qué desconfiar de usted. Si deja de pagar la póliza de sus seguros, los contratos quedan anulados y se queda sin las cantidades abonadas. Peor para usted. Ahora se abonará a mi agencia de informes...

—Eso es mucho decir, encanto —repuso hoscamente Capper,

recobrando la tranquilidad—. ¿Cuánto vale un abono, o lo que sea?

—Un abono para solicitar veinte informaciones comerciales, treinta dólares al mes. Las grandes agencias le cobrarían cien, por lo menos. Yo misma busco los informes en fuentes seguras y lo que le diga es la pura verdad —contestó ella, mostrándole un talonario de peticiones de informes—. Ande, firme el contrato. Su negocio irá mucho mejor así. Siempre cobrará sus facturas y no tendrá sino clientes solventes, de fiar.

—¿Palabra que después de esto no me va a ofrecer otra cosa más? —dijo riendo Capper, cogiendo la pluma que ella le tendía y firmando el contrato—. ¡En mi vida he visto una manera más estupenda de sacarle a uno los cuartos!

—Las hay, señor Capper, y desgraciadamente no para bien, como es lo que le he ofrecido. Vicios, amistades con mujeres que son... —Hizo ella un gesto de severidad—. Gracias. Tenga este talonario. Cuando algún cliente no le merezca confianza o le encargue algo que suponga bastante dinero, me llama por teléfono, me da el nombre y el domicilio del cliente, y de lo demás me encargo yo. En veinticuatro horas le digo si debe trabajar para él o no.

—No está mal —murmuró Capper, pensativo—. ¿Y también hace averiguaciones..., bueno, que no sean comerciales? Quiero decir...

—Reservadas, personales, ¿no? Pues también, señor Capper. Estoy autorizada a ello, colegiada. Una mujer que cree que su marido la engaña, o viceversa... Un hombre que tiene negocios con otro y cree que le está estafando... Una novia que no está segura de que su novio sea muy decente... Todo eso que la vida moderna exige para poder vivir con cierta tranquilidad, y que evita desgracias, indudablemente. Si necesita mis servicios en ese aspecto, dígamelo.

—¡Vaya chica lista! —murmuró Capper, mirándola fijamente, admirado—. ¿Quiere decirme qué es lo que no sabe? Nada, estoy seguro.

—¡Oh, señor Capper, yo ignoro muchísimas más cosas de las que sé! —contestó ella riendo y mostrando unos dientes perfectos, brillantes, iguales, entre los rojos labios, sin asomo de lápiz—. Pero como hay que luchar, luchar y siempre luchar, dentro de la

legalidad y la decencia, pues hay que aguzar el ingenio irremediabilmente. Eso es todo. Como lucha usted, ¿no?

—Sí. Ya lo ve —contestó hipócritamente Capper. Y como observara que Kate Kelway estaba mirando precisamente la portezuela, abierta, del Cadillac, donde estaba acoplando cuando ella llegó la caja, dio un empujón a dicha portezuela, cerrándola—. Hay que luchar. Bien, ahora dígame una cosita, encanto —la miró sonriente, zalamero—. ¿Sale usted por las noches? Porque tanto trabajar y no divertirse un poco...

—Pues no querrá creermelo, pero prefiero dormir. Me acuesto derrengada, porque doy al cabo del día muchas patadas, tengo que hablar como si fuese un gramófono para enseñar idiomas, aguzar el ingenio... El sueño es para mí la mejor diversión.

—Bueno, pero alguna noche... —insistió Capper, las manos sobre las caderas, sacando el pecho—. Podríamos ir a bailar un poquito, tomar alguna cosa, ir al cine... Me ha sido simpática, señorita Kelway. Pida informes sobre mí, si desconfía —rió con sorna, esperando la respuesta de ella.

—¡Pero si soy casada y tengo catorce hijos, caballero! —exclamó, también riendo ella—. Bueno, señor Capper, le agradezco mucho me haya atendido tan amablemente. Nos veremos en otra ocasión, cuando me necesite para asuntos relacionados con su negocio —le tendió la mano, que él estrechó confuso, y salió a la calle con su grácil paso, elegante, distinguido, gracioso.

Capper salió tras ella, un tanto disgustado. Estaba acostumbrado a no tener que sufrir desaires de las mujeres a quienes trataba. Incluso ellas le ofrecían su compañía, con halagos, sonrisas y promesas.

Sí, pero por lo visto aquella hermosa mujer (que ni era casada ni tenía catorce hijos, sino que era decente) no era como aquellas que él trataba. Lástima...

Ella había montado en un Mercury negro, muy bien cuidado, modelo de hacía un par de años, y le hizo con la mano una señal de despedida. Luego desapareció entre el tránsito.

Capper volvió al Cadillac, abriendo la portezuela. Mientras trabajaba, su pensamiento estaba absorbido por aquella muchacha. Muy hermosa, muy atractiva. Y muy lista, perspicaz. ¡Vaya si era lista, y qué maña se daba para hacer su negocio, sacar los cuartos

haciendo ver que todavía proporcionaba un favor!

III

KATE, la bella e inteligente mujer que luchaba a puñadas y mordiscos con la vida sacando pólizas de seguros a quien nada tenía que asegurar o metiendo en un bolsillo un contrato de peticiones de informes comerciales a quien no tenía negocios y le importaban los demás mortales muy poca cosa, se dirigió hacia el sur después de abandonar el taller de Capper.

Había desaparecido su atractiva sonrisa, cosa que hubiera parecido imposible, pues quienes la conocían sabían que su sonrisa, su afabilidad, su brillante mirada y su ingenio eran innatos en ella, como lo era su belleza.

Kate estaba preocupada, y seriamente. De ello tenía la culpa su perspicacia, su aguda inteligencia y comprensión.

¡Lo había visto claramente! ¡Aquella especie de recipiente en la portezuela del Cadillac, en el taller de aquel tipo extraño de Capper! ¡No, no se había engañado respecto a lo que pudiera ser! ¡A ella no se la daba nadie con queso! ¡Aquella caja metálica incrustada en la portezuela era para esconder contrabando!

De no ser así, ¿por qué esconderla? ¿Qué diablos pintaba el recipiente, vacío, detrás del tablero de plástico? ¿Qué tenía que ver con la portezuela o su manejo? ¡Nada, nada!

¡Y cómo el granuja Capper, cuando ella miraba el escondrijo, se apresuró a cerrar bruscamente la portezuela, azorado, mirándola fijamente, para ver si ella se había percatado de la existencia de semejante trampa!

La disgustaba profundamente haberlo descubierto y dado la exacta interpretación. Como alma honrada que era, sentía una penosa impresión al constatar que tenía delante un granuja y que por serlo las iba a pasar muy malas. Horror, compasión, desprecio...

Era la hora de comer y pensó entrar en un restaurante para hacerlo, ya que generalmente solía encontrarse lejos de su domicilio para confeccionarse una comida.

Pero la preocupación que sentía por aquel incidente era mayor que el apetito que sentía. No se la escapaba la gravedad del asunto, si realmente el tal Capper se dedicaba a servir de contrabandista de drogas, o lo que fuese, practicando en sus coches ingeniosos escondites para ocultar las mercancías. Si eran drogas, la cosa era aún más grave y aborrecible.

Hizo girar el volante de su coche y lo encaminó hacia el Precinto de la Policía Metropolitana número siete. Era el que correspondía al distrito donde radicaba la 60 East Street, donde Capper tenía su taller.

El Precinto se encontraba en la 58 East Street y por ello tardó pocos minutos en llegar. Suponía que el, teniente Barclay, jefe del Precinto, no se habría marchado aún a comer.

Entró en la oficina policíaca. Ya era conocida allí. Kate tenía amistades entre la Policía, el

F. B. I.

e incluso en las agencias particulares de informes y de detectives privados.

—¿Está el teniente Barclay? —preguntó al sargento Chester, que acudió a saludarla, sonriente, admirativo siempre.

—Está, señorita Kelway. Y nos tiene dicho que si alguna vez no está cuando usted venga a visitarle, se le busque por toda la ciudad hasta dar con él —contestó riendo el gigante—. Voy a pasarle recado.

—Adelante, Kate —la alta figura del teniente se recortó en el umbral de la puerta de su despacho. Era joven, unos treinta y seis años, de rostro enérgico, aunque de carácter afable. La amistad entre ellos había nacido por las actividades de ella como detective particular para los informes comerciales y los privados. Cuando Kate encontraba que determinada persona parecía haber tenido algo que ver con la justicia, o de una moralidad muy dudosa, recurría a la Policía para ampliar la información, usando de la máxima discreción en ello.

—¿Va a marcharse a comer? —preguntó la joven, tendiendo la mano al teniente de paisano, que se la estrechó con vigor, sonriendo

—. Puedo volver luego...

—Todavía no, Kate. Puedo dedicarle media hora. Pero también llevarla conmigo a comer y luego charlar de lo que la interesa. Me figuro que será algún informe un poco difícil, ¿no? Siéntese, o vámonos. Como quiera.

—Me siento, Barclay —repuso ella, agradecida—. Gracias, de todos modos. Seré muy breve. Es un informe, en efecto, particularmente delicado. Ya sabe que de otra forma no vendría a molestarle. No pueden ustedes, ya lo sé, hacer uso de los que tienen para uso de personas ajenas a la Policía.

—Según los casos, Kate, así es. Veamos, entonces, qué es lo que quiere saber, y según también sea la índole de lo que pida, la contestaré o no —repuso el teniente Barclay sonriendo cariñosamente.

—Muchas gracias. Verá, acabo de hacer una póliza de seguro de vida y otra de un taller de reparación de coches a un individuo llamado Bob Capper, que vive y tiene su taller en el 645 de 60 East Street. Los seguros no son de mucha cuantía, pero quisiera saber algo de ese Capper y su solvencia moral, ante todo —explicó ella, la voz un poco vacilante.

—Bueno. No sé si ese individuo tendrá algo que ver con nosotros, naturalmente. Si lo tiene, mala cosa. Pero lo veremos —tomaba nota en una cuartilla—. ¿Cómo no se informó de él antes de sacarle esas pólizas de seguros?

—Pues pasaba por allí, vi el taller, y ya sabe. Uno tiene que perseguir a la liebre cuando salta. Hay que hacer negocio, Barclay... Bueno, le convencí...

—¿Cómo no! —exclamó riendo el teniente—. Tendría que ser de granito, ciego o no sé qué, para negarle lo que pida —había oprimido el botón de un timbre, y a poco apareció un agente en la puerta.

—Diga a Chester que busque en el fichero correspondiente, a ver si ese nombre consta o no. Si es así, tráigame la ficha. La señorita Kelway está esperando, figúrese...

Rió el agente y salió aprisa. Kate comenzó a hablar con el teniente acerca del trabajo de ella, que no la permitía descansar apenas, aunque justo era reconocer que económicamente era interesante. Luego él habló del suyo, también muy duro, pero

menos interesante que el de ella al traducirse en ingresos.

El agente entró y entregó un sobre al teniente Barclay, que sacó de él una ficha de cartulina.

—Veamos —dijo poniéndola sobre la carpeta de cuero—. Bob Capper... ¿No es así? Éste es nuestro hombre, Kate. Historial... —Dio la vuelta a la ficha leyéndola rápidamente. Su rostro se ensombreció un tanto, apretando los labios.

—¿Qué? —inquirió Kate, mirándole con curiosidad—. ¿Desfavorable? Bueno, ya veo que tiene ficha, es porque algo hizo.

—Algo... —murmuró el teniente, asintiendo con la cabeza—. El caso es que esta información no es nuestra, precisamente, amiguita. Resumiendo, este Capper actualmente se encuentra gozando, diríamos, de una especie de margen de confianza...

—No le entiendo muy bien, Barclay —dijo ella, algo impaciente—. Quiero saber algo de él; si moralmente es digno de confianza. La operación que he hecho con él no tiene importancia, pero en lo sucesivo podría tenerla, al aumentar su negocio y ampliar las pólizas de seguros.

—Mire, Kate, este informe nos lo ha pasado el

F. B. I.

—murmuró el teniente, dejando sobre la carpeta la ficha—. Para nosotros, por lo tanto, es estrictamente confidencial. Nosotros no tenemos nada que ver con Capper en tanto su conducta sea intachable. El

F. B. I.,

nos pasa la ficha por si el interesado delinque y entra en nuestra jurisdicción el delito que cometa.

—Sí, comprendo eso. Pero ¿es de fiar Capper, o no? —insistió Kate, que se sentía muy intranquila, ya temiendo algo que confirmara sus sospechas sobre el mecánico Capper.

—Creo que es mejor que vaya usted a la División del

F. B. I.

y haga esa pregunta allí. Usted tiene amistades. Está Newton, por ejemplo —sonrió maliciosamente—. El buen muchacho Newton. Vaya a verle y hágale esa pregunta. No quisiera mezclarme yo en este asunto, en tanto no sea de mi competencia. Procuramos el

F. B. I.

y nosotros no entremeternos en campo ajeno.

—Bien. Iré a ver a Newton —repuso la muchacha, levantándose de la silla y tendiendo su mano al teniente—. De todas maneras, le agradezco su amabilidad, Barclay. ¿Podría llamar por teléfono a Newton, por si está en la División?

—Ya lo creo —repuso el teniente, mirando en una lista de teléfono, sobre la mesa—. Voy a llamar... —Marcó un número y luego preguntó si estaba en la División el agente especial Newton y si podría recibir a Kate Kelway. La respuesta fue afirmativa y sonrió el teniente al comunicársela a la muchacha.

—Dice ese perdulario que si es preciso, para abreviar el tiempo en verla, enviará un coche a buscarla.

—Gracias. Tengo el mío. Agradecida, Barclay. ¿Cómo está su esposa? —dijo ella mientras iban hacia la puerta del despacho.

—Bien. Bueno, está un poco... —Se inclinó él para decir con voz queda, brillante los ojos de emoción y alegría—: Voy a ser papá, ¿sabe? Me parece que dentro de unos siete meses.

—Eso es estupendo, Barclay —repuso ella, riendo y mirándole con afecto—. Era algo muy deseado por los dos, ¿verdad? Bien, iré a veda para felicitarla. Y a usted también. Gracias por todo.

Ya en su coche, antes de arrancar, con el motor en marcha, Kate se pasó una mano por la frente, ancha, espaciosa, sobre la que bajaba un rebelde rizo dorado.

La cosa se iba enredando. Lo que había dicho el teniente Barclay, su reserva, y, sobre todo, el que Capper tuviera ficha en el Precinto, y en el

F. B. I.

indicaba que no era un santo, precisamente, o que no lo había sido. Estaba en libertad, después de cumplir condena, o bien no estaba todavía detenido, vigilándosele estrechamente.

Una de las dos cosas quiso decir el teniente cuando expresó que aquel hombre estaba gozando de una especie de margen de confianza. De todas formas, un mal asunto, agravado ahora por lo que ella vio en su taller.

¿Pondría en conocimiento del agente especial Newton el asunto de la trampa en la portezuela del Cadillac, en el caso de que Capper resultara ser un delincuente, y eso lo tenía ella ya casi descontado?

¿Era seguro que lo que vio revestía la gravedad, por su significado, que lo atribuía? Si fuera una mala interpretación suya,

qué perjuicio para el pobre hombre...

El coche entró en Lafayette Street y se detuvo ante el edificio de las Cortes de los Criminal o Palacio de Justicia, donde radicaba la División del

F. B. I.

La hicieron entrar en un saloncito de espera, donde entregó su tarjeta a un empleado, preguntando por el agente especial Newton.

No tardó ni medio minuto en llegar un hombre alto, correctamente vestido, de unos treinta y tres años de edad, rostro ahora sonriente, alegre, de franca mirada sus ojos azules, que tendió su diestra efusivamente a la muchacha.

—Ya me dijo Barclay que vendría a verme, Kate, y estaba pensando que no lo haría —dijo con voz metálica, cariñosa, mirándola profundamente—. ¿Qué tal se encuentra? Siéntese, querida.

—Gracias, Eric —repuso ella, riendo—. Crea que no tengo tiempo ni para pensar si estoy enferma o no, aunque gracias a Dios mi salud sigue siendo de hierro. Usted también está en perfectas condiciones, ¿no? Hacía tiempo que no nos veíamos...

—Porque no quiere usted. Recuerde que dos veces la he pedido que hiciéramos una excursión, en dos fines de semana, y no quiso —repuso él, mirándola con fingida severidad—. Supuse que tendría mejor compañía...

—El trabajo, el trabajo, Eric —repuso ella, moviendo la cabeza—. Mis asuntos no me dejan ni respirar. Pero la próxima vez que me invite, cuente con que lo aceptaré. No hay otra mejor compañía que la suya, para mí.

—¿El próximo sábado, entonces? —dijo él en tono apresurado, riendo—. Y a no tiene escape.

—Conformes, Eric. Bien, ahora no quiero hacerle perder mucho más tiempo conmigo. Vengo a pedirle una información reservada. Si no puede dármele, no lo tomaré a mal, Eric. No deseo que se salga de su estricto sentido del deber por mi culpa.

—Veamos de qué se trata. Siempre que he podido complacerla lo he hecho con sincero agrado. ¿Un informe sobre alguien? —contestó Newton sonriendo.

—Eso es. Esta mañana he hecho una póliza de seguro sobre su taller de mecánico de coches, y otra de vida, además de un abono

para informes comerciales, a un individuo llamado Bob Capper, que vive en la 60 Street. Fui a hablar de esto con el teniente Barclay, por ser el Precinto que manda él el correspondiente...

—Ya, ya —repuso Newton, súbitamente serio—. Bob Capper... Le conozco bastante bien. ¿Es de importancia el trato que ha tenido con él, sobre esas pólizas y el abono de informes comerciales?

—No mucho. Tiene que verificar muchos arreglos en su taller antes de poder formalizar con él un seguro más elevado. Ha sido todo provisional, durante dos meses, para que pueda ponerse en condiciones de seguridad. Lo que me interesa particularmente, Eric, es si se trata de un hombre cuya moralidad permita irle concediendo mayor crédito. Esto es para mi interesante.

—Capper ha empezado ese negocio hace cosa de un mes, Kate —explicó el agente especial, un tanto confuso, como si quisiera medir sus palabras—. Nosotros, el

F. B. I.,

tuvimos que ver con él hace algo más de dos años. Estaba fuera de la ley y hubo que... enjaularle...

—Ya, ya. Ha estado en prisión, entonces —interrumpió ella, moviendo la cabeza con aire de disgusto—. ¿Por qué, si se lo puede decir?

—Drogas. Nosotros, ya lo sabe usted, somos particularmente severos con todo lo relacionado con ese feo asunto. No hay más remedio que hacerlo. Es una plaga ese comercio. Capper fue detenido llevando encima drogas. Alguien nos dio una pista para detenerlo.

—¡Qué desdicha! —murmuró ella, mirando su bolso de piel en tono pensativo—. ¿Y ahora, entonces, pagada su deuda, ustedes...?

—Nosotros queremos que no vuelva a las andadas. No nos ensañamos con los vencidos que demuestran una voluntad firme de regenerarse. Los avalamos, los alentamos a seguir adelante; y, en el caso de Capper, particularmente, le envíamos clientes para que siga adelante en su comenzado negocio. ¿Me comprende? Por eso, concédale un margen moderado y espere a que su negocio aumente antes de darle lo que desee.

—Sí, sí... —ella asintió con la cabeza, apretados los labios, pensativa. Era el momento, se dijo, de hablar al buen Eric con la confianza, la misma confianza que él empleaba con ella,

revelándole un informe muy confidencial—. Es todo lo que quería saber, gracias. ¿Y no cree, Eric, que él pueda volver a las andadas, si antes, por ejemplo, se ganaba bien la vida? A veces vuelven...

—A veces vuelven, sí. Desgraciadamente, vuelven. Si cuando eran delincuentes tenían ingresos que les permitían vivir bien, con derroches en cosas fútiles, diversiones y todo eso, cuando salen del penal añoran aquella vida, y van a ella de nuevo. Otras veces sucede que sus compinches les hacen volver con coacciones u ofreciéndoles lo que tenían antes.

—¿Tiene motivos para creer que Copper no volverá a lo de antes? —preguntó ella, mirando fijamente a Newton.

—Es pronto para poder dar una respuesta a eso, Kate. Hace dos meses que salió de

Sing-Sing,

donde permaneció durante dos años. Su conducta allí fue buena, aceptable. Es un hombre inteligente, parece haberse dado cuenta de que el pasado debe desterrarlo para siempre con todas sus seducciones, que le llevaron a la catástrofe. Tal vez si consigue salir adelante ahora podamos contar con un hombre decente más en la comunidad.

—¿Le vigilan ustedes, para comprobar si sigue por el buen camino? —Ella insistía en sus preguntas, y Newton la miró con cierto asombro, quizá considerando que sentía un excesivo interés por el tal Capper.

—Le vigilamos discretamente, en efecto. Pero no es una vigilancia estrecha, de espiarle, seguirle paso tras paso. Si él lo notase, su moral sufriría mucho y se pondría frente a nosotros. Estamos al tanto de sus asistencias al trabajo, de su voluntad de perseverar en él, de si frecuenta los lugares donde antes se reunía con las malas amistades.

—¿Y no hace ahora nada de eso? —Ella le miraba con mal disimulada ansiedad, que Newton captó.

—No lo hacía, hasta ahora. Pero anoche fue a un club de noche de ésos. —Newton movió la cabeza como con disgusto—. Estuvo con ciertas personas, amigos y amigas, y gastó una cantidad fuerte, bebiendo bastante. Estaba allí un camarada mío, vigilando a un tipo de esos que nos inspiran sospechas, y le vio. No nos ha gustado que lo haga. Si lo repite, le llamaremos la atención. Puede divertirse sin

hacer eso.

—¡Ah! —Kate palideció un poco, bajando la cabeza—. ¡Ha vuelto un poco a las andadas! Debe ser difícil no hacerlo, Eric. Hay que tener mucha fuerza de voluntad para imponerse sacrificios, renunciar a lo que tan fácilmente les venía a las manos. Bueno, Eric, pues ya sé lo que quería saber.

—Kate, ¿tenía un especial interés por ese hombre? —preguntó el agente federal sonriendo con benevolencia—. ¿Amistad, parentesco? Me está pareciendo que algo hay en usted... ¿Sabe de él algo que no ajusta a lo que le he dicho de él? Confianza por confianza, si eso puede ser.

—Siempre he tenido confianza en usted, Eric —contestó ella, confusa, baja la mirada—. Ahora hay algo que estoy segura es mi deber decirle. Pero temo profundamente cometer un grave error, levantar una calumnia, perjudicar... a ese hombre. No me perdonaría hacer eso por causa de una estupidez mía. Capper puede enterarse y odiarme, sufrir su moral...

—Dígame de qué se trata y veremos si sus temores tienen fundamento o no. ¿Qué sabe de Capper? —dijo Newton en tono de voz animadora—. Nosotros comprobaremos lo que haya. Si es algo que puede causar un mal a otros, originado por ese hombre, su deber es decirlo. No tema cometer un error de apreciación, Kate. Lo juzgaremos nosotros y el secreto será guardado.

—Está bien. Esta mañana, cuando fui a ver a Capper, sin conocerle, sin saber nada de él y solamente guiada por mi interés en hacer un nuevo cliente, al ver su taller, le encontré haciendo algo que me dejó asombrada.

—Bien, siga, siga —animó Newton sonriendo—. Su confidencia no saldrá de esta casa, bien lo sabe usted. Nosotros, muchas veces, tenemos que guardar secretos íntimos, muy graves otras veces; en otras ocasiones incluso de interés nacional, diplomático, de seguridad...

—Ya lo sé, Eric. Pues bien, Capper estaba manipulando en la portezuela de un coche Cadillac Fleetwood, último modelo. Había quitado el panel o tablero posterior, dejando el bastidor el descubierto. Allí había colocado ya una especie de recipiente de chapa, que quedaría oculto al volver a colocar el tablero de plástico...

—¡Ah! —Newton miró escrutadoramente a Kate—. La astucia y la perspicacia femeninas... ¿Qué supuso que sería eso?

—Lo que supone usted ahora, Eric —repuso ella en tono seco—. Que era un escondrijo para poder esconder algo, pasar de contrabando. Drogas, lo que fuere. No concibo que en ese lugar se acople una caja rectangular, simulada, por un simple capricho, cuando para dejarla al descubierto hay que desmontar el panel.

—Exacto. Concibo que se asombrara de eso. ¿Notó Capper que usted observaba semejante cosa?

—No creo, pero sí que cerró la portezuela bruscamente mientras me miraba con cara de pocos amigos —respondió ella—. Esto me hizo afirmarme en mi sospecha. Ahora, al decirme usted que ha traficado en drogas...

—Claro que sí. ¡Vaya con Capper! —sonrió amargamente el agente especial, moviendo la cabeza—. Es lo que decíamos antes respecto a la posibilidad de regeneración de ciertos delincuentes. Vuelven a las andadas en cuanto pueden, seducidos por la ambición. Antes olvidan lo que pasaron estando reclusos que lo fácilmente que obtenían buenas ganancias, lo que se divertían, despilfarrando.

—Sí, Eric. Me gustaría que me dijera que me he equivocado. ¿Hasta el sábado? Yo le llamaré por teléfono. Sí, he sido una tonta, dígamelo antes. Me he buscado una gran preocupación. ¡Es tan agradable ser persona decente!

Se marchó Kate, y el agente federal entró seguidamente en el despacho del inspector jefe de la División, Mitchell, en su rostro reflejada la preocupación y el disgusto.

IV

EL hombre empujó una de las anchas hojas de la puerta del taller de Capper y entró en él. Llevaba una cartera de mano y vestía corrientemente. Era de mediana edad y fumaba un cigarro puro, que llevaba en el lado izquierdo de la boca.

—Buenas tardes, señor —dijo, quitándose a medias el sombrero flexible y esbozando una sonrisa de circunstancias. Capper, que estaba limando una pieza, le miró distraídamente.

Sería, supuso, un agente de ventas que le ofrecería algo. Ya habían desfilado bastantes, al ver que allí había un negocio no conocido antes, y por el rótulo encima de la puerta.

—Busco... —Miró a su alrededor, girando sobre sus talones—. ¿Es que no tiene surtidor de gasolina y de aceite? ¿No vende eso?

—No —contestó secamente Capper, volviendo un poco la cabeza—. Hago reparaciones solamente.

—¡Ah! —repuso el agente, masticando su cigarro—. ¿Y no le agradaría tenerlo, amigo? Es un ingreso más, y en estos tiempos... Mí representada, la Socony, ya la conocerá bien por sus excelentes productos...

—¡No me interesa! —farfulló Capper, limando la pieza con renovador ardor—. No pierda su tiempo ni me haga perder el mío.

—... le daría facilidades para la instalación, créditos. —Capper le dirigió una anhelada mirada, dejando de limar para darle la espalda—. Bien, amigo, pues otra vez será. Usted lo piensa... Perdone y buenas tardes.

Salíó el hombre aprisa, sonriendo. Tiró el puro con un gesto de asco y avanzó con paso más rápido por la calle adelante. Dio la vuelta a una esquina, miró atrás y penetró en un bar. Preguntó dónde estaba la cabina telefónica y entró en ella. Depositó el níquel

y marcó un número.

—Aquí Bowler, jefe. El Cadillac no está ya en el taller. No hay ninguno de esa marca. ¿Algo más, señor? Perfectamente. A sus órdenes.

La Oficina de Inscripción y Matriculación de vehículos de motor, dio al agente especial los datos que éste había solicitado minutos antes por teléfono. El coche Cadillac Fleetwood, modelo 1952, matrícula N.

Y. Empire

State

J-i

86-6753,

estaba inscrito a nombre de Clement Steele, vecino de Nueva York, Manhattan, residente en el 32 de Cari Shurz Park. Profesión del presunto dueño del coche, representante no colegiado.

Newton llevó al inspector Mitchell aquellos datos. El inspector jefe de la División, de mediana estatura y una edad comprendida entre los cuarenta y ocho años y los cincuenta, ancho de espaldas, de rostro simpático, afable, leyó el papel que le tendía su subordinado.

—Estupenda chica Kate, ¿eh, Newton? —dijo, mirando después a Newton—. Nos ha hecho un favor espléndido con su inteligencia y astucia. Sigo opinando que es un error grande no contar el

F. B. I.,

con agentes femeninos. Unas muchachas como Kate, ya lo creo... En fin, que Capper vuelve al monte, como la cabra del cuento. Me ha dicho Bowler hace diez minutos que el Cadillac no está ya en el taller. Ha volado.

—Una vez «operado» se lo llevan para emplearlo, sin duda alguna —repuso Newton—. Pero sabemos ya quién es su dueño, o quién lo tiene a su nombre. Hay que dar con el coche y con el tipo. ¿No le parece?

—Lo antes posible, Newton. Me parece que de momento debemos dejar a ese renegado de Capper que siga en el taller, «operando» en otros coches. No sé si se enterará de lo que va a suceder, pero siempre podremos echarle la mano encima y empapelarlo, por hipócrita y falso. Busque ese coche y a ese Steele, muchacho. Si necesita ayuda, pídale.

Newton se vio, así, de nuevo metido en un nuevo caso contra Capper, que parecía como una continuación del emprendido dos años antes, cuando los detuvo por traficar en drogas y aportó el F. B. I., pruebas suficientes para enviarlo a Sing-Sing.

El agente federal, ya en la calle, se metió en su coche. Comenzaba a anochecer. En el mes de abril, el tiempo era espléndido, aunque días antes no lo fuera, llegando incluso a nevar y a hacer un frío crudo.

En el nordeste de Manhattan se hallaba enclavado, a la altura de la 85 East Street, Cari Shurz Parle, y en el 32 de la plaza, una casa lujosa de departamentos. Allí vivía Clem Steele, el segundo de Fletcher, «boss» de la banda de traficantes en drogas. Por «conveniencias del servicio», el coche Cadillac estaba a su nombre, aunque Fletcher era el dueño efectivo.

Newton entró en la cabina del conserje del edificio.

—¿Vive aquí el señor Clement Steele, hace el favor? —preguntó en tono afable al hombre, que estaba examinando y distribuyendo en unos casilleros unas cartas.

—¿El señor Steele? —replicó adustamente el conserje, mirando de pies a cabeza al agente federal—. Vive aquí, sí. Pero no está. Bueno, no sé si está.

—Subiré a su piso. ¿Cuál es? —preguntó Newton en tono un poco impaciente.

—No está, le digo. Déjeme el recado que sea y se lo transmitiré cuando vuelva —el conserje tenía una cara avinagrada y seguía metiendo cartas en el casillero sin volverse ahora a mirar a Newton.

—¿Es que se ha ausentado de Nueva York? —preguntó el agente especial—. ¡Haga el favor de ser un poco atento, amigo! Deseo ver al señor Steele, si está, y si no dígame dónde le puedo encontrar.

—¡Y yo qué sé si está en Nueva York o no, diablos! No está en su piso, me parece, y si quiere me da el recado, quién es usted, y se lo diré —farfulló el conserje mirando a Newton.

—Le parece, ¿eh? ¡Pues quiero ver si está en su piso, y si no dónde ha ido! —exclamó el agente federal, entrando en la cabina y cogiendo de un brazo al conserje—. ¿Pretende burlarse de mí? Mire —sacó su insignia oficial y se la mostró al hombre, que se inmutó al

verla—. Y a callar sobre mi identidad, ¿eh?

—Seguro, señor —murmuró el conserje con voz más suave—. Uno no sabe... Pues mire, ha ido al garaje donde tiene su coche, que es volviendo la esquina, a la derecha, y cien yardas más allá. Es el garaje «Shurz», señor. Tal vez lo encuentre allí, porque hace muy poco que fue.

Newton salió apresuradamente del portal. El conserje se precipitó hacia la mesita que tenía en un rincón, donde había un aparato telefónico, cuando oyó pasos a la entrada del portal, y miró a través de los cristales.

Era Fletcher, el «boss» de Steele, que avanzaba. El conserje salió de la cabina, nervioso, a su encuentro.

—¡Lárguese, jefe! —exclamó con voz alterada—. Acaba de salir de aquí un condenado,

G-Man

que busca a Steele y ha ido al garaje. ¡Váyase!

—¡Cómo diablos!... —rezongó Fletcher, palideciendo.

—¡Que puede volver el

G-Man

si no ha encontrado a Steele, jefe! —exclamó el conserje—. ¡No sé lo que ha pasado, pero escurra el bulto!

Fletcher giró sobre sus talones, poseído de un pánico creciente. Salió del portal y se encaminó hacia un coche, en el que había llegado. Pero no subió a él. Estaba muy inquieto por lo que le pudiera pasar a Steele. ¿Qué había sucedido para que el

F. B. I.,

ahora, cuando menos se podía esperar, hiciera acto de presencia, buscando a su segundo?

Avanzó por la acera, dobló la esquina y, mezclado entre los transeúntes numerosos, se encaminó hacia el garaje donde su segundo guardaba el coche Cadillac.

La entrada del garaje, muy grande, tenía rampa hacia el interior. Fletcher se detuvo, indeciso. No quería meterse en líos, no fuera a ser reconocido por aquel agente del

F. B. I.,

que buscaba a Steele. Y por otra parte, deseaba saber qué iba a pasar. El lío era espantoso y le daba vueltas la cabeza, tratando de averiguar cómo había fallado su plan.

Newton llegó al garaje, bajó la rampa y entró en una de las grandes naves, iluminadas potentemente con neón. Muchas jaulas a ambos lados, ocupadas unas y otras no; coches en medio, que eran limpiados por empleados, y en la otra nave más jaulas y vehículos.

—¿El señor Steele, que tiene un Cadillac negro, con esta matrícula? —preguntó a un empleado, que estaba limpiando un coche. Le mostró un papel.

—Sí. Mire, aquel que está hablando con mi compañero —repuso el empleado.

Newton miró durante unos segundos a Steele. El segundo de Fletcher no estaba fichado por la policía ni por el

F. B. I.,

y era por lo tanto un desconocido. Luego avanzó hacia él. Hizo un gesto de saludo al llegar ante él.

—¿El señor Clement Steele? —preguntó con voz suave—. ¿Es usted?

—Sí. ¿Qué pasa? —repuso Steele, mirando con desconfianza al agente federal.

—Soy agente especial del

F. B. I.,

señor Steele —sacó de un bolsillo interior de la americana su carnet, mostrándolo a Steele, que lo miró, palideciendo visiblemente su delgado rostro, en el que se marcaron más profundas aún las arrugas de la frente y las mejillas—. Deseo hablar con usted.

—Pues hable —repuso el segundo de Fletcher en tono seco, mirando a Newton fijamente.

El empleado se había apartado un poco, pero escuchaba con gran curiosidad, mirando a los dos hombres.

—¿Tiene usted un coche Cadillac Fleetwood, negro, de último modelo, con esta matrícula? —Y mostró el papel a Steele, que echó la cabeza hacia atrás, estremeciéndose.

—Sí. ¿Pero qué pasa? —repuso hoscamente. El empleado hizo un gesto a Newton, mostrándole una jaula, abierta, dentro de la cual estaba el coche Cadillac por el que se interesaba.

—Le ruego me permita verificar una inspección en ese coche, el suyo —dijo Newton cortésmente, señalándolo con la mano—. Haga el favor de traer unos destornilladores dijo al empleado que estaba

cerca. —Tengo la orden de hacerlo, señor Steele. No le molestaré, supongo.

—Sigo preguntando qué es lo que pasa y porqué eso de fisgar en mi coche —exclamó Steele, riendo cómo el empleado iba en busca de las herramientas pedidas—. ¿Por qué? ¡Quiero saber por qué se me molesta!...

—Se trata de una inspección en su coche, señor Steele. Usted lo va a presenciar y luego le explicaré por qué motivos se hace. No se disguste —repuso Newton, sonriendo fríamente.

—¡Quiero saberlo antes de que toquen a mi coche! —bufó Steele, apretando los puños. El empleado regresaba con varios destornilladores. Otros compañeros se acercaban también, curiosos, informados ya de que el coche de Steele iba a ser revisado por uno del

F. B. I.

—Sáquelo, haga el favor —dijo Newton al empleado, señalando el vehículo.

—¡No lo toque! —gritó Steele, descompuesto, dando dos pasos atrás, lívido de rabia—. ¡No permito que se toque sin que me diga los motivos! ¡No me va a tratar a mí como si fuese un ratero que lo haya robado!

—Está bien, señor Steele. Se lo diré, entonces. El motivo de revisar su Cadillac es debido a que se nos ha informado que se han hecho en él ciertas manipulaciones para poder ocultar algo en él. Por eso vamos a ver si es cierto eso —repuso Newton secamente—. Saquen el coche, hagan el favor —dijo a los empleados, que entraron en la jaula y comenzaron a empujarlo con gran brío, deseosos de ver lo que habría en él.

—¡Qué idiotez! —rugió Steele, sonriendo torcidamente—. ¡Vaya cuento! ¡Pero esto no lo voy a dejar así! ¡Voy a reclamar ahora mismo a la Policía de este atropello! —E hizo ademán de marcharse, a paso vivo, farfullando.

—¡Señor Steele, usted se queda aquí, conmigo! —gritó Newton, cogiéndole de un brazo—. Si todo es falso, reclamará ante quien quiera, le pediremos perdón, pero no puedo dejarle ir.

Steele se sentía literalmente aterrorizado. No comprendía cómo el

F. B. I.,

había sabido que, horas antes, en el taller de Capper, había metido bajo el asiento del conductor del Cadillac un buen paquete de drogas, que iba a distribuir precisamente aquella tarde en varias poblaciones cercanas a Nueva York. Por eso había ido a recoger el roche. Y se encontraba con el agente...

Para escapar, sintiéndose perdido, no encontró otra solución, muy de su agrado, que apelar a la fuerza. Llevaba encima una pistola, y por otra parte era él fuerte, osado.

Dirigió un tremendo directo a la cara del agente Newton, que le tenía cogido del brazo. Los empleados le observaban, ahora con cierto temor, esperando ver qué iba a ocurrir.

El agente especialladeó la cabeza, ducho en la pelea cuerpo a cuerpo, y evitó recibir el golpe en el mentón, aunque el puño de Steele rozó su cuello con violencia.

Newton le aferró con más fuerza, sin devolverle el golpe. Los empleados gritaron cuando Steele sacó con la mano izquierda, de la cintura, la pistola. Y el segundo de Fletcher, enloquecido, poseído de una rabia demoníaca, dio otro tirón bestial y se zafó de la mano de Newton. Tenía delante la rampa de subida a la calle, y por ella se lanzó a grandes zancadas.

—¡Quieto, o disparo! —le gritó el agente federal, que ya tenía en su diestra el Magnum—. ¡Quieto, Steele, le digo!

El maleante se volvió un instante para ver si era verdad que el agente federal tenía un arma encima y le apuntaba. Newton le tenía, efectivamente, bajo el punto de mira de su revólver.

Disparó Steele dos veces, sin apenas volverse. Los empleados corrieron a refugiarse detrás de los coches, dentro de algunas jaulas o de los surtidores de gasolina, encogidos, amedrentados.

Sonó un disparo tras él. Seguía subiendo a toda prisa. A menos de diez yardas por la rampa, y la calle, la confusión, el mezclarse con las personas que iban y venían. ¡La salvación!

Pero se detuvo, lanzando un grito ahogado, encogiéndose. Su pierna derecha parecía de plomo. Un dolor agudo en unos músculos de la pantorrilla. ¡No podía moverla apenas!

Se revolvió como una fiera, aullando de dolor y rabia. Newton estaba abajo, en medio, apuntándole ahora con el revólver a la altura de la cintura. Varios empleados del garaje asomaban la cabeza tras los coches y gritaban.

Disparó otras dos veces sobre Newton. Ahora estaba el maleante con la pierna encogida, como lobo apresado por el cepo. La sangre le bajaba por la herida pierna y se deslizaba por la rampa abajo.

Newton se encogió, oyendo silbar las balas a menos de una pulgada de su cabeza.

—¡Tire la pistola, o le mato, Steele! —gritó con voz potente—. ¡Tire la pistola!

—¡Venga a buscarla! —aulló Steele, ebrio de rabia—. ¡Le voy a dar lo suyo, por metijón! —Y pretendió arrancar de allí, subir aunque fuera empleando una sola pierna. Pero no podía. En terreno llano tal vez hubiera conseguido adelantar algo, pero no cuesta arriba. Lanzó un espantoso grito de furia y se volvió para disparar de nuevo sobre Newton.

El agente especial dio un salto felino, rehuyendo la pistola de Steele, pero al mismo tiempo disparó otra vez sobre él. Los empleados, encogidos, asomaban parte de la cara, temerosos, pero también poseídos de una curiosidad morbosa por ver quién ganaba en aquel terrible duelo a balazos.

Las dos balas del segundo de Fletcher se perdieron en el fondo de una jaula, produciendo un chasquido al chocar contra la pared.

El proyectil del Magnum no se perdió. Steele ofrecía buen blanco a un magnífico tirador como el agente federal. Ya cuando disparó sobre él, la primera vez, lo hizo sobre una pierna del maleante para impedirle huir. Le habría podido matar, de haber querido.

Esta vez la bala le entró por el costado izquierdo, empujó una costilla y siguió una trayectoria mortal, de abajo arriba. El corazón de Steele quedó destrozado.

Abrió los brazos el traficante en drogas, los elevó, como si quisiera volar de allí, y cayó como un fardo, rodando por la rampa.

Fletcher, con otros varios transeúntes, presencié, desde una esquina de la ancha puerta de acceso a la rampa, el duelo a tiros entre su segundo y el agente federal. No se le ocurrió en momento alguno acudir en ayuda de su compinche, pues también llevaba encima una pistola.

Su mentalidad, como la de Steele y todos los de su calaña, no concebía la amistad, el desinterés, el deber de acudir en ayuda del compañero en apuros. Primero era su vida, y aún también su propia

seguridad y libertad. Tanto peor para Steele...

Todo transcurrió en poco más de dos minutos desde que su segundo hiciera fuego sobre el agente federal. Dos minutos que le parecieron dos horas, llenas de pavor, porque temía que al fin Steele cayera vivo en poder del agente especial y luego lo delatara. Entonces también él sería un perseguido.

Pero al segundo balazo que recibió Steele emprendió que su secuaz estaba listo. Vio la mancha de sangre en el costado izquierdo, la pirueta que hizo al caer, rodando por la rampa. Steele estaba muerto. Mucho mejor así, puesto que ya no tenía escape. Ahora, a escapar él...

Pero la curiosidad morbosa, como a los empleados del garaje, le hizo quedarse anhelante. Varios transeúntes, horrorizados, bajaban cautamente por la rampa para fisgar, ver si estaba muerto aquel hombre...

Mezclado entre ellos, bajó también, bajándose más el ala del sombrero. Todo ojos, tembloroso. Quería saber si Steele estaba muerto ya.

Newton daba órdenes rudamente a los empleados de que llevaran algo con que cubrir a Steele. Se acercó más Fletcher, inclinándose. Vio la cara del que fuera su compinche. ¡Estaba muerto!

Dio media vuelta y emprendió la subida, empujando a los que bajaban comentando el suceso. Aprisa, no fuera a verle el agente especial...

En la calle, se lanzó adelante, casi corriendo. Dobló la esquina y llegó al edificio donde habitaba Steele. Entró en el portal jadeando, los ojos muy abiertos. El conserje se asomó a la puerta de la cabina.

—¡Ha matado ese

G-Man

a Steele! —dijo con voz temblona, sin poder respirar apenas—. ¡Sube al piso y retira las drogas! ¡Escóndelas hasta que yo te avise! ¡Sube y cógelas, idiota!

—¡Steele era un animal y le han pillado! —vociferó el conserje, muy pálido, retirando de un clavo una llave que tenía una anilla con una ficha de plástico.

—¡Date prisa, no discutas, y retira la mercancía! ¡Yo me marchó! ¡Esconde bien todo! ¡Ya te avisaré! —exclamó Fletcher, y salió del

portal a toda prisa. Miró a su alrededor, temeroso de que le estuvieran esperando ya los del

F. B. I.

No era así, y procuró adoptar una postura tranquila.

Pero volvió a entrar en la cabina. El conserje ya subía en un ascensor al piso de Steele.

Marcó en el aparato telefónico un número, esperando con ansiedad.

—¿Capper? ¿Bob? Mira, soy Fletcher —farfulló con voz fatigosa—. Oye, ¡abandona el taller, tu casa, inmediatamente! ¡No te entretengas en coger nada!

—¿Qué pasa? —preguntó Capper roncamente.

—¡Han matado a Steele! Uno del

F. B. I.

¡Ven a casa inmediatamente! ¡Si te quedas ahí lo vas a pasar mal! ¿No has notado que te vigilan?

—¡No! ¡Maldita sea! ¡Voy ahora mismo! —exclamó Capper, colgando el aparato.

Fletcher abandonó el portal. Tenía cerca su coche, al que entró, y arrancó inmediatamente.

Se secó con el dorso de la mano el sudor que corría por su cara. Tenía frenético deseo de pisar a fondo el acelerador y alejarse, pero se sobrepuso al pensar que podía ser mucho peor dejarse llevar de los nervios.

Condujo prudentemente hasta la 61 West Street, al otro lado de Manhattan. Ya era de noche cerrada y creyó que esto le favorecería. Miró a una de las ventanas del edificio Ámsterdam Housing, donde residía.

No había ninguna luz allí. Tal vez a él no le perseguían. No sabían quién era, y eso le salvaría. Steele había muerto y ya no podía hablar.

—¿Ha venido alguien durante mi ausencia? —preguntó al conserje cuando entró en el portal, habiendo dejado su coche en el garaje del edificio.

—Nadie, señor —repuso el empleado.

Se tranquilizó más cuando entró en un ascensor. Le había tocado a Steele la negra, pero no a él. Suerte que tenía. Tal vez si

F. B. I.,

había averiguado algo respecto a Steele, y nada más.

Entró en su departamento. Recorrió con cierto pánico las habitaciones. Como si los del

F. B. I.,

le estuvieran esperando allí. Pero no había nadie.

Sonó el timbre de la puerta. Dio un brinco, sobresaltado. Sería Capper. No podía ser nadie más que él.

En la diestra la pistola, se acercó en puntillas a la puerta. Era Capper, que jadeaba y se apoyaba en una esquina de una jamba, esperando.

Abrió, empujó a Capper adentro y cerró aprisa, guardándose la pistola en un bolsillo. Avanzaron los dos por el pasillo hacia el gabinete, sin hablar. Una vez allí, se miraron fijamente.

—¿No estabas vigilado? —preguntó con voz alterada Fletcher—. ¿No te han seguido?

—No. No creo... He venido en un taxi —repuso Capper, muy pálido, sentándose en un sillón—. Pero, bueno, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Qué ha hecho Steele para que le hayan puesto la mano encima?

—No lo sé todavía. Algo ha fallado —repuso Fletcher, sentándose frente a Capper, baja la cabeza. Y refirió brevemente lo sucedido, presenciado por él.

Capper hizo un gesto de pánico, estremeciéndose.

—El agente especial quería, por lo que pude oír —agregó el «boss»—, registrar el Cadillac. Clem se vio perdido, figúrate. Había allí casi media libra de drogas. ¡Se las ha llevado el demonio! —gritó rabiosamente—. ¡Y el coche! Bueno; Clem se vio perdido. Quiso huir, disparó varias veces sin dar una en el blanco, y cuidado que sabía tirar bien. En cambio, el

G-Man

le tiró dos veces... y lo dejó tieso.

—Y ahora, metido otra vez en el lío, ¿no? —exclamó Capper—. ¡Lo digo por mí! Me dijisteis que no me pasaría nada, que no me mezclaríais en ello, y ya me veo perseguido por el

F. B. I.

Porque ahora ya me buscarán...

—No ha sido culpa nuestra, Bob —protestó Fletcher, paseando por la estancia, agitado, fumando nerviosamente—. Ha ocurrido

algo inesperado. Una delación, algo que se ha hecho mal... ¿No te habrás ido tú de la lengua? —Se detuvo ante Capper, mirándole fijamente, con desconfianza.

—¡No! Por la cuenta que me tiene, he sujetado bien la lengua. Eso, vosotros. Tus muchachos, por ejemplo, si saben que estoy contigo de nuevo. Tú se lo habrás dicho, y como nos queremos todos tanto... —sonrió con desprecio.

—Escucha, ayer te di mil dólares. Has salido de Sing-Sing

hace un par de meses y no tenías donde caerte muerto. ¡No me digas que no te has ido de juerga, que te has vuelto un santo! —dijo Fletcher en tono inquisitivo, observando Capper con desconfianza—. El trabajo de las trampas en el coche debiste haberlo hecho anoche, no esta mañana. ¿Dónde estuviste? ¿Durmiendo?

—Bueno; me parece que yo puedo hacer lo que me parezca con mi dinero y con mi tiempo, porque soy libre. ¡Tengo derecho a divertirme un poco, como tú, que vas de juerga en juerga! —farfulló Capper rencorosamente.

—¡Vaya, ya salió! Mira, no te reprocho eso, pero estoy seguro de que deberías haber sido más prudente. Esperar un poco más de tiempo. Fuiste a ver a las amiguitas, ¿eh? Comprendido, hombre. Y a los amigos también. Mil dólares en la cartera, deseos de diversión, de beber unos cuantos tragos, de hablar, hablar... Como si todos los amigos fueran de fiar... Y menos aún ellas, idiota. —Fletcher se iba mostrando más duro y enfurecido, plantado ante Capper como si fuera un juez inflexible, espíritu de la honradez.

—¡Ni hablé, ni dije nada de lo nuestro, ni pudieron saberlo! —chilló Capper, manoteando, moviendo la cabeza con energía—. ¿Crees que soy un novato, que me fío de cualquiera para charlar por los codos?

—Unas copas de más, muchacho, le vuelven a un mudo charlatán. Veamos: ¿has visto a Agnes? ¡La verdad, Bob! ¡No te hagas de nuevas! Siempre te gustó a rabiarse, aunque la despreciaste por Eve...

—No la vi. Creo que está en California, o no sé dónde. No la vi, palabra... —contestó Capper, mirando a Fletcher con curiosidad.

—No está en California —movió la cabeza el «boss», denegando. Se sentó frente a Capper, cogiendo un cigarrillo de un paquete que

había sobre una mesita, a su lado—. Está aquí, en Nueva York. Ella se marchó a California, sí, cuando a ti te encerraron. Dicen que por miedo... a ti, a alguien a quien tú encargases que la diese lo suyo...

—¡Oye, habla más claro! —saltó Capper, pálido, inclinándose hacia Fletcher—. ¿Fue ella la que me delató al F. B. I.?

¡Yo sé que alguien lo hizo y le estoy buscando desde que salí, pero no sé quién fue! ¡No andes con rodeos y dime si fue ella! ¡Lo sabes, Cari, y tienes que decírmelo!

Capper se limpió el sudor que cubría su frente. Cogió el paquete de cigarrillos y sacó uno, encendiéndolo con mano temblona. Fletcher le observaba atentamente.

—Cuando todo se tranquilice, ya la verás, y averiguarás si fue ella —dijo Fletcher en tono conciliador—. No se te va a escapar. Ella no sabe que ibas a salir ahora del penal. Por otra parte, en realidad, no hay pruebas de que fue ella. A nadie se lo ha dicho. Pero atando cabos...

—Está bien. —Capper parecía haber recobrado un tanto la tranquilidad, aceptando el consejo, o la orden, de Fletcher—. Esperaré. Es lo mejor, claro. ¿Está con alguien ahora?

—Bueno... —Fletcher sonrió irónicamente—. Ahora estaba con Steele. Eran bastante amigos, se veían, él la daba dinero... Pero se ha quedado viuda —rió con sorna, encogiéndose de hombros—. Tiene mala suerte la chica.

V

HACIA las once de aquella noche, Fletcher se vistió para salir.

—Tengo que ver a un intermediario —dijo a Capper, ya con el gabán puesto y un sombrero azul marino, de ala bajada—. Hay que cambiar de lugar la mercancía. No sabemos si el

F. B. I.,

está sobre la pista. ¡Tú no salgas de aquí, Bob, ya lo sabes! ¡Por tu propia seguridad, por la mía, no salgas!

—Está bien. No soy tan idiota que vaya a poderme delante de ellos. No salgo, hombre. Voy a meterme en la cama —repuso hoscamente Capper.

Se marchó Fletcher. Capper se puso detrás de los visillos de una ventana, mirando a la calle. Podía ver desde allí a todo el que saliera del portal.

Le vio salir y entrar en el garaje del edificio. Poco después, uno de los coches del «boss», guiado por él, se alejaba, doblando la esquina.

Capper meditó durante un par de minutos, sentado en un sillón y fumando. Luego fue a otra mesita, en una esquina de la estancia, donde se encontraba un aparato telefónico, con una guía y un cuadernito de direcciones y números de teléfonos. Lo cogió y se sentó de nuevo, pasando las hojas despacio.

En la letra A vio, sobresaltándose, un nombre y una dirección, así como el número del teléfono. El nombre era Agnes. Dirección: 32, Bank Street, Greenwich Village. Teléfono: Green, 4567.

Dejó el cuadernito sobre la mesa, mientras sonreía extrañamente. Con una alegría demoníaca, sin despegar los labios, en los ojos una expresión feroz.

Se puso la vieja gabardina, con cinturón, y el sombrero no

menos viejo. Luego fue a la mesilla de Fletcher, en su alcoba, y sacó de ella una pistola «Lager», que el «boss» siempre tenía allí, de reserva, además de la que habitualmente llevaba encima.

Pasó de nuevo al gabinete y se sentó ante la mesita del teléfono. Meditó durante un par de minutos, apretadas las mandíbulas, con el cuadernito en la mano, mirando el número del teléfono de Agnes.

Metió en su boca el pañuelo que llevaba en un bolsillo y ensayó varias veces, hablando alto, un tono de voz más bronco y seco, imitando a Fletcher. Luego marcó en el aparato el Green 4567.

Sonó al otro lado de la línea la llamada. Capper esperaba, cerrados los ojos, conteniendo la respiración, tensos los músculos del cuerpo. Alguien descolgó. Capper se sobresaltó.

—Hable... —dijo una voz femenina, en tono impaciente.

—Agnes, soy Cari —dijo Capper con voz extraña, el pañuelo metido en la boca por una punta solamente, sobre la lengua—. Oye, tenemos que hablar. Sobre lo de Clem, ya sabes.

—¡No sé qué hacer! ¿Qué es lo que ha pasado? —exclamó ella, con voz angustiada—. ¿Me voy de aquí, o qué?

—¡Calla! Espérame ahí. ¿Estás en Baker? —repuso Capper, enronqueciendo la voz.

—Sí, sí. ¿Vienes ahora?

—Sí. Espérame —y colgó con fuerza, cortando a comunicación. Suspiró después con alivio, echando atrás la cabeza sobre el respaldo del sillón.

Fué a la cocina y abrió un cajón de una mesa. Encontró dos cuchillos, con punta y buen filo, escogió el más pequeño, sonriendo y gesticulando. Lo metió en un bolsillo de la americana. Salió del piso, tomando el ascensor de bajada. Luego, salió del edificio. En una esquina había una parada de taxis, entrando en uno. Dio la dirección de Baker Street, en Greenwich Village.

Hizo que el vehículo se detuviera dos manzanas antes de aquélla en la que estaba el número treinta y dos. Se bajó y anduvo lentamente, la cabeza baja. El taxi a su espalda, se alejaba ya.

Giró sobre sus talones y volvió hacia el lado opuesto. La calle, bien iluminada, estaba muy poco frecuentada a aquella hora. Greenwich Village era un lugar donde había calma, soledad en sus calles, las más bonitas de la ciudad, con su aire europeo, quizá parisién.

El 32 era un edificio de tres pisos, antiguo pero de arquitectura de principios de siglo, estilo francés, bien cuidada y de aire distinguido.

Penetró en el portal sin hacer ruido con los zapatos, que tenían tacones de goma nuevos. En la cabina del conserje no había nadie. Una sola luz, ante un ascensor de tipo anticuado, le permitió verlo.

Ya estaba ante la puerta del piso de Agnes. Era una sola, lo que indicaba que cada inquilino ocupaba un piso entero. La puerta no tenía mirilla, y esto le produjo satisfacción.

Oprimió una sola vez, un espacio de tiempo muy corto, discretamente, el botón del timbre eléctrico.

Tres segundos después oyó unos rápidos pasos femeninos acercarse. Agnes estaba esperando impacientemente la llegada de Fletcher. Se encontraba en una situación angustiosa, según dijera por teléfono, sin saber qué hacer ante la muerte de Steele.

Se abrió la hoja silenciosamente. Capper la empujó con fuerza, entró y volvió a cerrar, apoyando en ella la espalda, sonriendo, mirándola.

Agnes Curley era una espléndida mujer morena, alta y esbelta. Cabellera negra, ligeramente ondulada; ojos del mismo color, enormes, de grandes pestañas; faz blanca, nacarada, y labios un poco gruesos, sensuales.

Ahora su rostro estaba aún más blanco, lívido de asombro y temor mal disimulado. Llevaba un vestido morado sin mangas, que la ceñía el hermoso cuerpo, con amplio escote.

—¡Tú! —exclamó, con voz apenas audible, las manos sobre la boca, atónita—. ¡Bob! Pero... Esto..., claro, ya has vuelto.

—He vuelto, querida Agnes. Claro que he vuelto —repuso él en tono irónico—. ¿Pensabas que jamás lo haría? ¿No te agrada volver a verme? Me miras de una manera... Vamos, vamos adentro. Sé amable conmigo. Tenemos tanto que decirnos...

—Sí, sí, pero es que va a venir Cari. Ya sabes, Fletcher. Me lo ha dicho por teléfono, y me parece que podíamos dejar para mañana...

—Ella retrocedía por el pasillo, empujada suavemente por Capper, que sonreía extrañamente.

—No, no vendrá Cari, nena. Te llamó hace un rato, ¿verdad? ¡Pues era yo! —rió forzosamente, empujándola con más fuerza cuando ella se volvió para mirarle con verdadero terror—. Me

dijiste que no sabías qué hacer, que si te marchabas de aquí o no. ¿No fue eso lo que me diste?

Ella gimió, apartándose de él, que la cogía por la esbelta cintura. Entraron así en un gabinete lujosamente amueblado y adornado. Capper sonrió al mirarlo. La empujó hasta un sillón y él se sentó en otro, frente a frente.

Agnes le observaba como si fuese un fantasma espantoso o el espíritu del muerto a quien ella hubiera asesinado.

—Veo que Steele «era» muy generoso contigo, ¿eh? —Miró de reojo los muebles él, siempre sonriendo con ironía—. ¡Qué mala suerte, pequeña! ¡Se te acabó la mina de oro!... Los

G-Men

le han liquidado. A mí me encerraron en

Sing-Sing

durante ¡dos años!... ¡Dos años, día tras día, Agnes! —Apretó las mandíbulas, apoyando los puños sobre los brazos del sillón.

—Lo sentí mucho, Bob, puedes creerme —murmuró ella, quedamente—. Tuvimos algunas diferencias, pero nunca he olvidado que te he querido. Una mujer nunca olvida esas cosas.

—Claro que no. Por eso estabas queriendo consolarte de mi ausencia con ese... guapo de Steele, con Clem —repuso mordazmente él, mirándola con insultante desprecio.

—¡Tú también me despreciaste, lo sabes! —exclamó ella, brillantes los ojos de ira—. ¡Con esa lechuza de Eve! ¡Llegaste a pegarme delante de ella, insultándome, riéndoos los dos de mí!

—Por eso, para vengarte, no encontraste mejor medio que... ¡denunciarme al

F. B. I.!

—bramó Capper, lívido de rabia, avanzando el busto, ronca la voz —. ¡Niégalo, anda!... ¡Me lo dijo Steele! ¡Me lo dijo, burlándose de mí! ¡Niégalo! —Él la miraba ferozmente, pero también con ansiedad, queriendo ver si en la mirada de ella, en sus gestos, afirmaba lo que solamente creía, sin confirmar aún, como muy posible.

—¡Mentira! —contestó ella débilmente, muy abiertos los ojos negros, de desmayada mirada aterrada. Echó atrás la cabeza denegando con gestos, incapaz de decir otra cosa—. Mentira, Bob...

—¡Tú fuiste maldita soplona! —farfulló Capper, roncamente—.

¡Tú fuiste, y lo estoy viendo en tu cara, en tu mirada! ¡Si me lo dijo Steele! ¿Por qué no tienes el valor de firmarlo, di? ¡Tan valentona como siempre eres!... Pero, en realidad, no hace falta que lo digas ya con palabras. Ahora, lo que debes decirme es qué podría yo hacer contigo. Qué es lo que te mereces...

—¡Ay, Bob, qué tonto eres y cómo te dejas engañar! —Ella sabedora de su belleza y seducción recordando cómo siempre que quiso embaucó a aquel hombre, dominándole por completo apelaba a aquel arte que jamás le falló con él—. Bueno, ya que lo quieres, hablemos. No piensas, querido... Has salido aún más idiotita que antes... Ea, vamos a tomar una copa de Scotch legítimo.

Se levantó, sonriente, moviendo las caderas, mirándole compasivamente, como si sintiera un doloroso y tierno desdén por él, pero perdonándole.

Fue a un mueble-bar que, al abrirse, iluminó su interior, con botellas, copas de diferentes tamaños y formas. Se puso delante, inclinándose, cual si no sintiera preocupación ya por aquel hombre feroz, que había ido a vengarse de ella.

—Beberemos, nena —repuso él, con voz ronca, sacando del bolsillo de la americana el cuchillo—. Esta vez no me engañas. ¡Mira con lo que voy a partir tu podrido corazón! ¡Vuélvete y mira! ¡He venido a matarte! ¡Mira!

Ella volvió la cabeza. Le miró extrañamente. No estaba asustada cuando miró el cuchillo reluciente, de aguda punta, y a Capper observándola con mirada de loco, inclinado hacia adelante, como si fuera a saltar de su asiento.

—¿Quién es el que va a morir, piojo asqueroso? —exclamó, con voz ronca, ardiente, brotando llamas de sus inmensos ojos negros—. ¡No seré yo! —Y al volverse rápidamente, adelantó la mano diestra, con un gran solitario en el dedo anular mostrando una niquelada pistola automática, que se elevaba apuntando ya al cuerpo de Capper—. ¡Vas a morir tú!

Lo que siguió fue rapidísimo, veloz como el rayo, y tan mortal como la misma exhalación que descargara con toda su formidable potencia.

Capper saltó como un tigre del sillón, inclinado, en la mano el cuchillo. Luego dio un salto de costado y se acercó a Agnes, que le apuntaba con pulso temblón, siguiéndole.

No esperaba ella semejante reacción en él, tan veloz ni tan bárbara. Una pistola apuntando, siempre sobrecoge, y más si el enemigo no tiene otra. Un cuchillo contra la pistola...

Cayó sobre ella de otro salto. La derribó al suelo, cogiéndola la muñeca cuya mano esgrimía la pistola.

Agnes se debatió como una furia, intentando apoyar el arma sobre Capper para disparar. Pero él tenía una fuerza mucho mayor y además estaba enloquecido, poseído de un ansia de matar que no cesaría mientras no lo consiguiera.

—Vas a matarte tú sola... —exclamó, retorciéndola la mano—. Tú sola, soplona, perra... ¡Mira cómo te vas a matar, con tu propia pistola! —reía él, forzándola a apuntarse a sí misma.

Agnes forcejeaba, se retorció, viendo llegar la muerte, su mirada de loca observando cómo la negra boca del cañón de la pistola la apuntaba sin apenas desviarse.

Hizo que bajase la mano de Agnes más. Metió el cañón del arma entre el vestido, el escote de ella, y la blanca carne, en el lado izquierdo. Ella, paralizada por el terror, sabiendo que ya no podía luchar más, agotada, sollozó.

Sonó la detonación. Capper, que había cogido la pistola, apretó el gatillo.

Agnes apenas se movió. Su «podrido corazón», como dijera Capper, estaba destrozado por el balazo. Sus grandes ojos negros se abrieron un instante, llenos de espantoso horror. Luego os cerró y toda ella quedó desmadejada, inerte.

Capper la soltó, levantándose. Recogió el cuchillo que había arrojado al suelo cuando se le ocurrió aquel plan de matarla de un tiro y hacer aparecer todo como un suicidio.

La contempló unos instantes, sonriendo ferozmente. Luego pensó que había que darse prisa.

Tenía que salir de allí rápidamente. Alguien pudo oír el ruido del disparo.

La cogió en sus brazos y la dejó sentada en un sillón, echada hacia atrás. No se veía la herida producida por la bala, en el pecho. La cubría el vestido. Miró el lugar donde ella había muerto. No había sangre. Quizá la hemorragia era interna o la ropa interior que llevaba la empapaba.

Tomó la pistola y la colocó en la diestra de Agnes, de manera

que pareciera que ella la había empuñado. Todo en una postura bastante natural.

Dio dos pasos atrás y la contempló de nuevo. Sí... Cualquiera que la viera diría que se había suicidado. La postura, en la mano el arma, esgrimida con el brazo colgando pero apoyado en un muslo. La cabeza echada hacia atrás...

Fué al mueble-bar y lo cerró. Luego miró a su alrededor por si se dejaba algo que le pudiera delatar. Fué a una mesita y abrió un estuche de plata, cogiendo un cigarrillo, que encendió con ansia.

No se dejaba nada. Nadie diría que había estado alguien con ella. Ni una gota de sangre en el piso de *parquet*, brillante. Si acaso, caería ahora sobre el asiento del sillón donde ella estaba, pero sería lo natural.

Una última mirada sobre el cadáver. Parecía dormida. Tan hermosa...

VI

EL matrimonio Farrington, de mediana edad ambos, vivían encima del piso de Agnes. Se habían acostado a eso de las once, y a las once y quince, aproximadamente, dormían a pierna suelta.

Se despertaron, sobresaltados, a la vez, cuando oyeron el ruido de un disparo debajo de ellos, en el piso inferior. Había sonado bastante fuerte.

—¿Eh? —dijo la señora Farrington, sentándose en la cama y encendiendo el portátil de la mesilla—. Vic —el marido estaba en otra cama, al lado—. ¿Has oído?

—¡Demonio, me ha hecho saltar! Como si fuera un... —contestó él, la voz pastosa, soñolienta—. Ha sido abajo, en el piso de esa muchacha.

—Como si fuera un tiro, ¿verdad? —dijo la esposa con voz truculenta—. Yo estoy segura de que ha sido un tiro. De pistola, o así... Mira, Vic, ya sabes que siempre te he dicho que esa mujer es una lagarta, ya me entiendes muy bien. Siempre recibiendo visitas de hombres... Viste como..., no sé qué... Deshonra a toda la vecindad. Por eso, una escena... pasional, no me extrañaría.

—Sí, sí... Yo también creo que ha debido ser un disparo. Porque una botella de *champagne* no suena así. Ni cuando cae un plato. Bueno, nosotros, si ha sido un tiro, ¿qué podemos hacer? —El marido miraba a su esposa, que era quien siempre tomaba la iniciativa en momentos graves... y no graves—. Un tiro quiere decir violencia, ¿eh? Alguien que ha entrado a robar y la ha matado. Un tipo de esos que la visitan, también... Y como ella no tiene creencias, ni decencia, ni nada, puede haberse suicidado...

—¡No me pongas la carne de gallina, Vic! —exclamó ella, mirando a su marido con pavor—. ¿Por qué no protestamos todos

los vecinos cuando esa mujer se nos metió en esta casa? ¡Yo te dije que protestaras, pero la niña es tan bonita; mira así y así; sonríe así y así...! ¡No me vengas con protestas, porque siempre que nos encontramos con ella te flecha!

—Mujer, no digas bobadas. Bueno, ¿qué pasa ahora? Es un tiro lo que hemos oído. ¿Te parece que llamemos por teléfono a su casa? Si se pone, no es nada, estábamos equivocados. Si no se pone, entonces, mala cosa...

—No está mal —ella le miró con aire de sospecha—. ¡Pero llamaré yo! ¡Tú no entables diálogo con esa lagartona, rico. No sé si lo harás cuando yo no estoy, o desde la oficina...! ¡Ah! —saltó de la cama, poniéndose una bata que ceñía su enorme corpulencia—. Vamos antes a cerciorarnos de otra cosa. A ver si otros vecinos lo han oído, y si les parece que ha sido un tiro.

—Hombre, despertar a los demás... —objetó Vic, haciendo un gesto de reprobación.

Se tiró de la cama y se puso un batín. Vic era delgado y alto.

—Lo dicho, querido. Voy a llamar a casa de los Hume, que están encima. Si ellos lo han oído, ya no hay duda. ¡Llamaré yo, yo, a esa mujer! —ordenó en tono inflexible ella—. ¡Tú, aquí!...

La señora Farringdon fue al gabinete y llamó por teléfono a casa de los Hume. El señor Hume, un poco después, manifestó que, en efecto, les despertó un ruido extraño, sospechoso. Sí, tal vez un tiro.

Regresó la esposa a la alcoba. Vic, sentado en su cama, esperaba.

—¡Han oído un tiro! —exclamó en tono triunfante—. ¡Un tiro, exactamente! ¡Como yo te aseguré! ¡No me equivoco nunca, Vic! Tú lo dudabas...

—¿Yo? Bueno... —Vic se encogió de hombros—. Bueno, ahora...

—Ahora, yo, yo, Vic, voy a llamar a esa mujer. ¡Tú, aquí!... Métete en la cama, no te enfrías. ¡Dios mío, si no fuera por mí, que pienso por ti hago todo por ti!...

Volvió la señora Farringdon al gabinete y llamó a casa de Agnes. Pero Vic, en un arranque lleno de hombría, fue tras ella dando grandes zancadas.

—Llama —ordenó a su esposa, sentándose frente a ella—. ¡Llama tú!

Ella marcó el número, mirando a su esposo, que se atusaba el fino bigote canoso con impaciencia. Ambos oyeron el zumbido de

estar llamando el aparato. Una vez, dos, cinco, diez... Nadie acudía. Se miraron largamente, con ansiedad creciente. El timbre sonaba, machacón.

—¡Vic! —Ella colgó, pálida—. ¡Era un tiro, y esa mujer...! ¡Dios mío!

Vic se aproximó a la mesita y marcó de nuevo. Ella adelantó la mano para quitarle el aparato si alguien se ponía al habla. Le miraba con recelo.

Pero nadie acudía a la llamada, repetida veinte veces.

—Puede estar herida —murmuró Vic, moviendo la cabeza—. No podrá acudir, moverse. Y se morirá si se la deja así... Digo que podríamos hacer algo, algo... Es un ser humano, querida. Aunque no nos guste...

—¡A mí, no, desde luego! Pero a ti... —repuso ella en tono seco—. Bueno, ¿qué podemos hacer? ¡Yo no subo, desde luego! ¡Ni tú! Escenitas así..., no.

—No seas bobita, querida. Si no puede acudir al teléfono menos podrá ir a abrir la puerta. Y si está muerta —se estremeció Vic—, menos aún. Pero podemos llamar a la Policía. A Homicidios, por ejemplo.

—¡Se me estaba ocurriendo, y me has quitado la palabra! —exclamó ella nerviosamente—. Siempre tan inoportuno... ¡Llama a Homicidios!

Vic llamó por teléfono a la Policía, Departamento de Homicidios.

—Hemos oído en el piso de abajo el ruido característico de un disparo de revólver o pistola —explicó con voz truculenta al sargento que acudió a la llamada—. Y también telefoneado a casa de esa señorita que ocupa el piso. Nadie acude al teléfono. El señor Hume, nuestro vecino, asegura haber oído también el ruido del disparo. ¡Ah, bien, bien!

—¿Qué dicen? —inquirió ella.

—Vienen a todo gas, querida. Tú no te alarmes. ¿Eh? ¿Te encuentras bien, queridita? Esa gente, los de Homicidios, son bruscos. Me dejas que hable yo...

—¡Pero no bajas a fisgar! —exclamó ella fieramente—. Escenitas no. Nada de mirar lo que no te importa. Si te llaman, vamos los dos.

Vic y su esposa esperaron, sentados en el gabinete. A poco subió

el señor Hume, a quien habían comunicado que llamaron a Homicidios, en vista del mal cariz que tenía todo aquello. El señor Hume aprobó tal decisión. Era soltero, arrogante, de unos cincuenta años de edad.

—¡Lástima de muchacha! —murmuró, contristado—. Muy bonita, ¿verdad, Farrington? Y tan simpática, alegre. Llena de vida...

—¡Vic y yo opinamos que esa mujer no nos hacía ningún honor viviendo en esta casa! —murmuró desdeñosamente la señora Farrington—. No comprendemos cómo puede serle simpática semejante... señorita, por no decir otra cosa. En fin, seamos caritativos. Estoy en ascuas. No parece que vienen esos policías...

Un alarido sonó en la calle; lejos todavía.

Una sirena ululante, que sonaba más y más fuerte. La señora Farrington se estremeció, palideciendo. Hume y Vic se levantaron aprisa, mirándose, nerviosos.

—Voy a abrir la puerta del portal —dijo Hume, sacando de un bolsillo del batín una llave. Vic quiso seguirle, pero su esposa lo retuvo.

—Si te vas, me desmayaré —dijo con voz suplicante—. Tú, con tu mujercita, querido. Nada de escenas, ya sabes.

Vic se quedó, sentado en el sillón, mirando a su esposa con rencorosa resignación.

Hume abrió la puerta. Entraron cinco agentes de paisano, de Homicidios, al mando del teniente Gilovsky, polaco-americano, el forense Schulte y dos especialistas en huellas. En otro coche, cinco agentes uniformados, y una ambulancia por si había heridos o muertos.

Franquearon la puerta del piso de Agnes valiéndose de llaves maestras en vista de que nadie abría desde dentro cuando llamaron al timbre.

—¡Cuidado! —dijo el teniente Gilovsky a sus hombres—. Las huellas, muchachos. Todos pegados a las paredes. Este piso es de cera y parece que hay pisadas.

Entraron todos con grandes precauciones. Encendieron luces y llegaron al gabinete.

Quedaron rígidos, observando a la mujer sentada en el sillón, con los ojos cerrados, cual si durmiera plácidamente. Solamente la

pistola, que tenía la mano diestra de Agnes cogida, indicaba la tragedia.

—Adelante, Doc —dijo el teniente, señalando al forense el cadáver—. ¡No toque la pistola y pise con cuidado! Muchachos —se volvió hacia los de las huellas, que estaban fuera de la estancia—, busquen huellas, registren.

—Bueno... —dijo el doctor Schulte, tomando la muñeca izquierda de Agnes y observándola los ojos, después de levantar los párpados—. Claro, muerta... Un bello cadáver, ¿eh, teniente? ¡Ah!, un balazo aquí —la bajó el vestido, por el pecho—. Lado izquierdo, corazón tocado... Es todo.

—¿Hace mucho? —inquirió el teniente, mirando a su alrededor escrutadoramente—. Según los vecinos, hace una media hora oyeron el tiro.

—Sí, así debe ser. No está fría aún —repuso el forense—. Yo diría que se ha suicidado. Mire la postura, la pistola, el lugar de la herida...

—Tal vez. Permítanos ahora, por favor. Douglas —dijo a uno de los peritos, señalando el cadáver—, coja esa pistola y vea si hay huellas. De ella solamente, claro, o de alguien más. Scott, examine los demás objetos y las puertas, el piso. Uno no sabe lo ocurrido cuando ha de entenderse con un cadáver. No dicen nada...

Los técnicos husmeaban con sus máquinas fotográficas, sus utensilios para resaltar huellas, sus lentes poderosas.

Cogieron la pistola, con toda delicadeza, que tenía en la mano Agnes, depositándola sobre la mesita. El técnico la examinó con una lupa y luego extendió sobre ella, unos polvos.

—¡Teniente! —exclamó otro agente, llevando en la mano una caja de cartón como de zapatos—. ¡Drogas! Polvos y ampollas. Una buena cantidad.

—¡Hola! —El teniente Gilovsky sonrió con ironía, examinando el contenido de la caja—. ¡Chicos, ya estamos sobrando aquí! Nuestros buenos amigos del

F. B. I.

tienen la palabra. ¿Qué hay, Donegal, en esa pistola?

—Huellas de ella, pero también otras, diferentes. Tal vez de hombre, por el tamaño —dijo el perito, levantando la cabeza, preocupado—. No jure usted que es un suicidio, jefe.

—No lo he jurado, diablos —contestó el teniente, volviéndose hacia el cadáver de Agnes—. Muy sentadita, demasiado bien... Bueno, Donegal, fotografíen esas huellas de la pistola. ¿Y vosotros? —dijo a los demás peritos, que estaban en el pasillo, en las demás habitaciones.

—Huellas de zapatos con tacones de goma, de hombre, recientes —repuso uno de ellos. Y sobre este estuche de cigarrillos— lo mostró al teniente, —huellas de dedos, no de ella. De hombre, seguramente.

—Sobre este mueble bar, más huellas, jefe —dijo otro perito, examinando con una lupa el tirador, de plástico—. ¡Qué burro es el que ha estado aquí! Comparemos las huellas —dijo a sus compañeros, tras fotografiar las obtenidas hasta entonces.

El teniente Gilovsky marcó un número de teléfono, ya previamente examinado por si había huellas en él.

—De Homicidios —dijo cuándo se estableció la comunicación—. ¿Es el inspector Brent, del F. B. I.?

Soy el teniente Gilovsky.

—Hola, teniente —repuso a poco una voz fuerte—. ¿Qué hay? Soy Brent.

—Buenas noches, inspector. Estamos en casa de una tal Agnes Curley, en Bank Street, treinta y dos. Nos avisaron los vecinos, que oyeron un tiro. Bueno, ella está muerta. Me parece que asesinada...

—¡Ah! Me suena el nombre de Agnes Curley. Una chica alegre... Y tenemos la sospecha de que andaba metida en cosas de drogas —interrumpió el inspector.

—Por eso le llamo, inspector. Hemos encontrado una cantidad considerable de drogas aquí. Creo que debemos dejarles el campo libre, ¿no?

—¡Más drogas todavía! —farfulló el inspector Brent, de guardia aquella noche—. ¡Desde hace veinticuatro horas estamos encontrando unas existencias como hace años no sucedía! Bien, claro que tenemos que aceptar su regalito, teniente. Voy a avisar a mis muchachos. Gracias por todo. Espérellos, haga el favor.

Fletcher abrió la puerta y cogió los tres diarios de la mañana que el vendedor le ofrecía. Entró en el gabinete, donde estaba Capper

fumando un cigarrillo después de haber desayunado los dos.

—Toma, lee. A ver qué dicen de Steele —alargó a Capper un diario, sentándose él en un sillón.

Capper miró la primera plana. Estaba dividida en dos, en sentido horizontal. En la parte superior, unos grandes epígrafes:

«El
F. B. I.,
mata a un distribuidor de drogas en un garaje»

—¡Agnes! —exclamó Fletcher con voz ronca, mirando el periódico—. ¡Muerta, tú! Anoche... —Miraba ahora a Capper fijamente con sus verdes ojos, llenos de sospecha.

—Sí. Aquí lo dice también —murmuró Capper, sin mirarle, el cigarrillo entre los labios, un ojo cerrado por el humo del tabaco—. Encontrada en su casa, con una pistola en la mano. Suicidio...

—¡Deja eso! —exclamó Fletcher con voz autoritaria, dando un manotazo sobre su periódico—. ¿Sabes algo de eso? La tenías ganas...

—¿Yo? —repuso Capper, fingiendo gran asombro—. Vamos, no digas idioteces. Se ha suicidado, según dice aquí. Un balazo en el pecho —leyó en alta voz—. Y han encontrado muchas drogas.

—¡No seas idiota tú, Bob! —rugió Fletcher—. ¿Me vas a decir que no puede fingirse un suicidio? ¿Saliste anoche, mientras yo estaba fuera?

—¡Que no digas majaderías, hombre! —Gruñó Capper, mirando hostilmente al «boss»—. ¿No te digo que se ha suicidado? ¡Lo dicen los técnicos, mira! —De tendió el periódico con gestos violentos.

Fletcher volvió a su diario, leyéndolo atentamente mientras rezongaba entre dientes. Luego fue a la sección de Última Hora, en la página posterior.

Capper leía también con ansiedad la información, sensacionalista, del diario.

—¡Eh, tú! —chilló Fletcher nuevamente—. Mira esto... ¡Los técnicos, en sus últimas investigaciones, han encontrado en la pistola y en diferentes objetos huellas que no eran de la muerta, sino de hombre! Esto hace cambiar la opinión primeramente obtenida acerca de que Agnes Curley se suicidó.

—Bueno... —contestó Capper, que también leía su diario. En él

se indicaba lo que decía Fletcher del suyo. Los técnicos de Homicidios y del

F. B. I.,

creían que Agnes fue asesinada por un hombre.

—¡Escucha! —exclamó Fletcher nerviosamente—. «Los peritos del

F. B. I.,

han averiguado ya a quién pertenecen las huellas estampadas, por el que asesinó a Agnes Curley, en la pistola y otros objetos. Su detención es cosa de horas».

Capper sonrió burlonamente. Dobló el periódico, cogió un cigarrillo del paquete que había sobré la mesita y lo encendió.

—No te apures, Cari —dijo con voz serena—. ¡No fui yo! Anoche no salí de esta casa. Es cierto que pensaba, cuando se me presentara la ocasión, tener unas palabras con ella, pero no me creas tan bestia que haya hecho eso. ¿Iba a dejar mis huellas, como lo ha hecho ese animal que la ha matado?

—No sé, muchacho —murmuró sordamente Fletcher, mirando fijamente a Capper—. Te dije anoche dónde estaba ella, salí yo van y la matan...

—Algún tipo que la tenía entre ojos. Quizá alguna rival —contestó Capper con displicencia—. Lo peor es que han encontrado drogas. Si guardaba listas, nombres, direcciones... ¿Qué crees?

—Eso lo sabría Steele, que la protegía. Le dije que no metiera en el asunto a esa chica, pero por lo visto no me hicieron caso —se levantó del sillón, muy agitado, nervioso, tirando el diario sobre la mesita—. ¡Ahora no sé si estoy al descubierto o no!

—Claro que no. Si hubieran leído tu nombre y dirección en algún papel o lista ya habrían venido a buscarte —objetó Capper, apretadas las mandíbulas, limpiándose el frío sudor que cubría su frente.

—Es verdad. Ya habrían venido por mí —repuso Fletcher, respirando con fuerza—. ¡Siempre está uno vendido! Un idiota una chica celosa, que se deja llevar del despecho y habla por los codos. ¿Quién la habrá liquidado, y por qué? ¡Te aseguro que el que lo haya hecho lo va a pagar! Me gustaba ella... Creo que era fiel. ¡Cómo se me ponga delante el tipo!...

Salió del gabinete, diciendo que iba a bañarse. Capper asintió

con un gesto. Luego, sentado como estaba en el sillón, se inclinó, y rabiosamente, se golpeó el cráneo con los puños, poseído de una furia salvaje contra él mismo.

¡Ahora recordaba qué era lo que olvidó hacer cuando asesinó a Agnes! ¡Se lo recordaban los periódicos! Había dejado en la mano de la muchacha la pistola, había mirado si dejaba manchas de sangre en el lugar donde la mató, y la colocó muy bien en el sillón, en una postura que indicaba casi sin lugar a dudas el suicido.

Todo muy bien, pero se olvidó de algo tan elemental y sencillo como era BORRAR SUS PROPIAS HUELLAS DIGITALES, las huellas de sus dedos en Ja pistola, en el estuche de los cigarrillos, en el mueble-bar, en el tirador de la puerta y en otros sitios donde puso sus manos desnudas.

¿De qué valió su salida mientras Fletcher estaba fuera, su entrada en casa de Agnes, el matarla y preparar todo para simular un suicidio, si luego dejaba en múltiples sitios la tarjeta de visita de sus huellas dactilares?

Ahora tenía al

F. B. I.,

tras él, no solamente por haber huido de su taller y su casa, descubierta lo del Cadillac, sino por haber cometido un asesinato con todas las agravantes.

¡De nuevo el

F. B. I.,

buscándole, y esta vez no para llevarle de nuevo a Sing-Sing,

sino para sentarle en la silla eléctrica!

¿Cómo averiguó el

F. B. I.,

que en el Cadillac había hecho él aquellas trampas? ¿Lo dijo Steele? No, porque el agente especial le mató precisamente porque no lo quiso decir y cuando vio que iba a ser registrado el coche, disparó a matar, costándole la vida el hacerlo.

Tampoco lo dijo Fletcher, porque él era el menos interesado en hacerlo. Ni Agnes, protegida por Steele.

¿Quién avisó al

F. B. I.,

que en su taller se practicaban aquellas manipulaciones en el

Cadillac? ¿Cómo se enteró tan rápidamente el

F. B. I.,

y supo que era un Cadillac, con su número de matrícula exacto, dónde se guardaba y quién era el propietario o quién lo tenía a su nombre?

Capper derivaba en sus ideas del horror de saberse perseguido por el

F. B. I.,

y lo que le pasaría si le echaban la mano encima, al misterio de cómo los federales descubrieron todo tan velozmente. Parecía inconcebible...

Súbitamente, en su cerebro torturado fulguró algo como una llamarada. Algo que le deslumbró y le produjo el efecto de un choque brutal. Como cuando el recuerdo de algo que pretendemos en vano recordar, acude de repente a la memoria y nos deja sobrecogidos. Primero, un detalle luego otro, y de repente toda la catarata de lo que estaba siendo olvidado.

¿No estaba él manipulando en la portezuela del Cadillac cuando volvió la cabeza al sentir un leve ruido a su espalda, y vio a aquella hermosa muchacha, agente de seguros y de informes comerciales, mirando lo que él hacía? Mirándolo, sí, y con gran interés,...

¿No volvió ella a mirar la portezuela del coche, sin el tablero, dejando ver la caja acoplada, la trampa al desnudo, y él, entonces, lo notó y empujó la portezuela bruscamente? ¿Y con eso no hizo sino aumentar el asombro y las sospechas de ella!

Y si sospechó ella, Kate Kelway, tan inteligente, tan astuta, que en aquel coche se hacían cosas raras y para qué se hacían, ¿no tomaría nota mental de la marca, la matrícula del coche? ¿Y no iría a la Policía a contárselo, y la Policía se lo diría al

F. B. I.?

¡Eso tuvo que ser! ¡Eso había sido, sin lugar a dudas!

Y otra cosa. ¿No había entrado aquel tipo, después, cuando ya el Cadillac se lo llevó Steele, con las trampas o escondrijos hechos, y se puso a mirar en todo el taller, diciendo que buscaba si había surtidores de gasolina y aceite, y proponiéndole que los instalara? ¿No era un agente del

F. B. I.,

que iba en busca del Cadillac, y como no estaba allí, fue a buscarlo

al garaje, y a Steele?

¡Eso fue! Ahora veía todo con meridiana claridad. Kate le delató, en vista de que comprendió perfectamente lo que él hacía en la portezuela del Cadillac. Era un detective, una chica lista, astuta, hecha a buscar y husmear datos, antecedentes, historias más o menos oscuras; a saber la verdad.

Quedó anonadado, la frente entre las manos, inclinado hacia adelante, los ojos cerrados, en la mente ideas espantosas bullendo sin descanso.

No sabía si allí, en casa de Fletcher, estaba en seguridad. Parecía también que Steele lo estaría, en su casa, y le fueron a buscar sin una vacilación, sobre seguro. Y lo mataron.

¿Y si se marchaba? ¿No iría a caer en brazos de los del F. B. I.?

Porque parecían saberlo todo, por sí o por las ayudas que recibían...

—¿Qué te pasa? —Fletcher, envuelto en su batín de seda, el rostro brillante, recién afeitado, bañado, le miraba con curiosidad no exenta de sospecha.

—Nada —repuso Capper, irguiéndose en el asiento. Tomó un cigarrillo del paquete y lo encendió—. Estaba pensando si estaremos aquí en seguridad. Fíjate cómo fueron a buscar a Steele... Si ahora llaman a la puerta, ¿qué sabemos quién será? Si serán ellos... ¿Qué hacemos si son?

—Bueno, puestas así las cosas no encontraríamos en toda la nación un rincón donde escondernos —repuso Fletcher encogiéndose de hombros—. Lo que yo quisiera saber es cómo el F. B. I.,

se enteró de que en el Cadillac pusiste las trampas. ¡Lo sabían, Bob, y fueron a mirarlo! Tú no se lo dijiste, porque era acusarte a ti mismo. ¿Cómo se enteraron? No conocían a Steele...

Capper abrió la boca para decirle que había sido Kate, pero las palabras no salieron de sus labios.

Era tanto como confesar que había sido un imprudente al trabajar de día en el Cadillac, a la vista de todo el que entrara. Y había entrado ella, y él no lo notó. Había sido un bestia, y Fletcher no tendría compasión de él si se lo decía.

—La cosa está hecha y no vamos ahora a pensar cómo ocurrió —repuso en tono impaciente—. Creemos que los del

F. B. I.,

son idiotas, y eso perjudica, se paga. Yo no me siento aquí seguro, la verdad. ¿No dijiste que tienes una villa en las afueras, por si necesitas alguna vez esconderte?

—Sí. Pero dime si aquello es más seguro que esto —repuso Fletcher en tono de duda—. Yo no lo sé. Muchas veces, al querer huir supone levantar la caza, ponerse uno al descubierto cuando realmente no es uno buscado o no se le encuentra estándose quieto. Ha ocurrido lo de Steele, y no han venido por mí, ¿no? Buena señal, me digo yo. No me conocen...

—¡Tampoco conocían a Steele y mira lo que han hecho con él! —exclamó Capper impulsivamente, poseído de un pánico creciente—. ¿No sabes que el

F. B. I.,

trabaja silenciosamente, sin que nadie lo note, y de repente, cuando te quieres dar cuenta, ya están encima, sin remisión? ¿Pudo escapar Steele? ¿Y yo, cuando me trincaron? ¿Y tantos y tantos más?

—Bueno, pues si temes algo, vete —dijo Fletcher, mirándole desdeñosamente—. Yo no quiero que estés conmigo dominado por ese miedo. Es cuando puedes cometer una barbaridad que te pierda y me pierdas a mí. ¡Vete, pero cuidado con la lengua, Bob! ¡Aunque te cojan, cuidado con la lengua!

VII

CAPPER estaba en lo cierto al asegurar que el

F. B. I.,
trabaja silenciosamente, sin que nadie lo note, y cuando menos se espere, ya están encima, sin escape posible aquél a quien persiguen.

La División del

F. B. I.,
en Nueva York estaba ya lanzada a la busca de aquellos contrabandistas y mercaderes de drogas. La muerte de Steele impidió que pudiera ser interrogado y obtenido de él una información adecuada para atrapar a la banda. Pero algo había quedado en las manos de los federales, el coche Cadillac, con sus trampas y su carga de drogas cual testimonio irrecusable de que existía una banda de criminales de aquella estofa.

El agente Newton tomó nota del número del motor del Cadillac Fleetwood, sus características, modelo y matrícula. Ya se sabía que había sido matriculado a nombre de Steele, en Nueva York. ¿Pero realmente era propiedad del muerto? Eso había que averiguarlo.

Había muchos casos en que, en los «gangs», y para evitar compromisos, los coches eran matriculados a nombre de un componente del «gang», quedando el «boss», auténtico dueño del vehículo, libre de toda sospecha en caso de ser incautado por la Policía o el

F. B. I.

Newton, por lo tanto, y con el antecedente del número del motor del Cadillac hizo algo que de saberlo Fletcher le pondría los pelos de punta.

Se habló por teléfono con la Dirección de Ventas de la General Motors, en Detroit, en demanda de que se informara a qué agente

vendedor se adjudicó el coche cuyo motor era el C. K.
786 780,
último modelo, y residencia del agente.

La dirección contestó, tras consultar sus archivos, que el Cadillac indicado había sido adjudicado a Nueva York City (N. Y.) a la agencia oficial de venta regentada por el señor Percy Kinley, en el 686 de Broadway, Manhattan.

—Ya lo tenemos —dijo el agente federal al inspector Mitchell, colgando el aparato—. Ahora sabremos algo más. Si el Cadillac lo compró y pagó Steele, o fue otra persona.

—Vaya a esa agencia de venta y averígüelo —repuso el inspector, satisfecho por el giro que iban tomando las indagaciones—. No siempre que un coche es matriculado a nombre de una persona es ésta la propietaria del vehículo. A veces lo es otra. Seguiremos la pista hasta cerciorarnos de que Steele era su dueño verdadero.

Newton, anocheciendo ya, entró en la agencia de la G. M. C.,

regentada por el señor Percy Kinley. Era un local espacioso, decorado con lujo, donde se exponían los últimos modelos de diferentes marcas de la General Motors.

El gerente y dueño de la agencia, Kinley, una vez comprobada la identidad de Newton, hizo pasar a éste a su despacho. Era de mediana edad, bajito y delgado, de cara astuta, al parecer muy inteligente y dinámico.

El agente federal expuso lo que deseaba. Kinley se dio perfecta cuenta también de lo que se trataba.

—Voy a decírselo ahora mismo —y llamó a un empleado para que llevara el libro de ventas del Cadillac Fleetwood último modelo. Pasó el dedo, murmurando quedamente, por la columna de los coches vendidos y número del motor, Newton inclinado por encima de su hombro, miraba también.

—Ahí —dijo a Kinley, tocando con el dedo—. Motor C. K. 7S6.78Q. El que busco. ¿Comprador?

—Sí, Comprador... —Recorrió Kinley las casillas—. Eso es. Cari S. Fletcher, de Nueva York City (N. Y.). Y mire, fue matriculado a nombre de Clement Steele, de Nueva York. Coche con extras, precio, 4700 dólares...

—Gracias. Deseo comprobar esa compra, por favor. Ver copia de la factura y saber el domicilio de ese Fletcher —respondió Newton sonriendo.

—Lo verá. Es fácil —repuso Kinley. Y llamó a un empleado de Contabilidad, pidiéndole se le llevara la copia de la factura del Cadillac vendido a Cari Fletcher y fecha de la venta.

Se le mostró a Newton la copia de la factura, en la que se acreditaba el pago del vehículo mediante un cheque librado por Cari Fletcher contra el New York Bank, Nueva York City. Y el domicilio de Cari Fletcher resultaba ser Amsterdam Housing, 254 West 61 Street, Manhattan.

Ocupó el volante de su coche y se dirigió a Amsterdam Housing, en la 61 West Street, domicilio de Fletcher. El «boss», que estaba bien ajeno a que pudiera ser descubierto, por medios tan sencillos, ignoraba igualmente qué un hombre iba ya en su busca.

Llamó a la puerta del piso de Fletcher el agente Newton. En el bolsillo de la derecha de su gabán llevaba, montado, el Magnum. Lo ocurrido con Steele era como para adoptar ciertas precauciones.

Abrió el mismo Fletcher, con su batín elegante de seda y las zapatillas, en la mano un cigarrillo. Pero también en un bolsillo de aquella prenda una pistola automática. Se creía seguro allí, pero por si acaso...

Miró de pies a cabeza al casi gigantesco Newton, de rostro afable y mirada inteligente, escrutadora. No le conocía, y sintió una extraña sensación de angustia y sospecha.

En aquel instante se reprochó duramente el no haberse marchado a su villa, como había hecho Capper horas antes. Pero, en fin, tal vez aquel hombre no fuera eso...

—¿Hablo con el señor Cari Fletcher? —inquirió Newton tras quitarse el sombrero y haciendo una leve inclinación de cortesía—. Soy el agente especial del

F. B. I.

Eric Newton. ¿Quiere ver mi documentación? —Le mostró el carnet y la insignia esmaltada.

Fletcher creyó que el piso cedía bajos sus pies. Como si de repente se hundiera y él se desplomara a una velocidad de vértigo, para estrellarse en los cimientos del edificio.

¿Cómo era posible aquello? ¿Tal vez Capper, al huir, le delató?

Le había negado la entrega de cinco mil dólares, que exigía Capper, dándole solamente otros mil y se vengaba de tal manera...

—Bien, agente —repuso Fletcher tras examinar el carnet superficialmente, pues tenía la vista nublada por una terrible conmoción. Si en vez de dejar marchar a Capper le hubiera liquidado...—. Usted dirá qué desea.

—Hacerle unas preguntas —repuso Newton mientras examinaba a su interlocutor—. ¿Podemos pasar a otra habitación, si le parece?

—Desde luego —le invitó a pasar al gabinete fingiendo modales corteses. Pensaba que si aquel agente sabía todo, por información de Capper, no habría ido solo, sino con otro u otros agentes, y ya estaría ahora esposado y camino de la División, sin más preámbulos.

Se sentaron frente a frente. La luz de la tarde entraba por el ventanal, y Fletcher la recibía de espaldas, lo que le permitía examinar la cara de Newton y ver en ella lo que pensaba.

—Deseo saber, señor Fletcher —dijo Newton—, si usted compró un coche Cadillac Fleetwood, último modelo, con estas características —le mostró un papel, escrito a máquina, que el «boss» tomó inclinándose. Lo leyó y luego se lo devolvió sonriendo al agente especial.

—En efecto —repuso con un tono de voz natural—. Todo eso es exacto. Lo compré para un conocido mío, un tal Steele. Yo no hice sino adelantarle el dinero para la compra, que él no tenía de momento. Luego me lo fue pagando hasta quedar liquidada la deuda. ¿Qué ocurre con eso?

—¿Usted no lee los periódicos, no oye la radio, ni tiene un receptor de televisión? —repuso sonriendo Newton y mirando a su alrededor. En la mesita estaban dos o tres diarios; en un rincón, un magnífico televisor, y sobre otra mesa, un aparato de radio pequeño—. Veo que sí. ¿Su amigo Steele se llamaba Clement, y vivía en...?

—¡Espere, agente! —contestó vivamente Fletcher, levantando un poco una mano—. Sé lo que le ha ocurrido a Steele, que no era precisamente amigo mío, sino más bien un cliente. Yo compro y vendo fincas, ¿sabe? Tuve con él un trato para comprarle una villa. Se la compré, pero deseaba tener un coche. Le presté el dinero, en fin. Ahora me he enterado de que era un granuja. Pero quiero advertirle que la operación del Cadillac no tiene nada que ver

conmigo, ni todo lo demás. ¿Comprende?

—Bien... —Newton miró a su interlocutor largamente. Encontraba que era un hombre astuto. Bueno, tal vez todo lo que decía fuera cierto—. Comprobaremos eso que dice de la venta de la finca de Steele. Usted me dará los datos. También necesito me enseñe su documentación como agente compraventas, colegiado, el libro de operaciones verificadas por usted, en el que estará anotada esa operación con Steele, ¿no?

—De acuerdo —repuso Fletcher sonriendo ampliamente. Tenía todo lo que le exigía Newton. Era para él casi elemental la simulación de un negocio que ocultara la clandestinidad del otro de las drogas. Incluso había hecho algunas operaciones, entre ellas, la de Steele.

Así, mostró a Newton lo pedido con un aire de superioridad, cual si quisiera decir: «mire, señor desconfiado, cómo en efecto soy una persona decente».

Newton lo miró todo. Su pensamiento de que Fletcher era un hombre astuto se afirmó más aún. Tal vez era, en efecto, un hombre serio, honorable.

—De acuerdo —dijo el joven agente, dejando sobre la mesita aquella documentación—. ¿Quiere decirme si tenía tratos con Steele, después de aquella operación de compra del Cadillac?

—¡Ninguna, diablos! —exclamó Fletcher, como ofendido—. ¡Me jugó una trastada, con un préstamo que le hice, que no me ha devuelto, y para mí se terminó semejante canalla! ¡Mire cómo ha acabado! ¡Con drogas y no sé cuántas cosas más!

Newton sonrió. Estaba encontrando a aquel individuo demasiado bien preparado, con respuestas meditadas para el caso de que fuera interrogado. Y, además, tenía la gran ventaja de que estaba atestiguando con muertos, que no podían contradecirle ni acusarle de nada. Steele era ya un cadáver y sobre él volcaba Fletcher sus acusaciones.

Observó, de repente, el agente federal, algo que le causó asombro, aunque lo disimuló perfectamente.

Era que Fletcher, al hacer un movimiento con la pierna derecha, ciñéndosele al muslo el ligero batín de seda, dejó ver el bolsillo del lado derecho, sobre el que se destacaba claramente el bulto anguloso de una pistola.

Era extraño que aquel hombre llevara, para andar por casa, encima una pistola. Un hombre pacífico no lo haría.

—Perfectamente —dijo sonriendo Newton—. Todo esto que usted me acaba de decir se comprobará, naturalmente. Ahora sólo me resta, según las órdenes que he recibido, practicar en esta casa un registro. Formulismo...

—¿Un registro? —exclamó Fletcher entre asombrado e indignado, estremeciéndose—. ¿Por qué? ¿No le he demostrado quién soy y cómo nada tengo que ver con ese asunto de las drogas? Compruébelo si quiere, pero en cuanto a registrar mi casa, me parece increíble. ¿Es que desconfía de lo que le he dicho?

—Tomo nota de ello, señor Fletcher, pero ni confío ni desconfío. Y para tener una mayor seguridad a su favor, necesito verificar ese registro. Si nada oculta, ¿por qué negarse? —repuso Newton levantándose del sillón.

—¿Es que desconfía de mi honorabilidad y quiere insultarme con ese acto, que está bien con un maleante, pero no con un hombre decente y serio! —exclamó con irritación Fletcher, pálido de ira—. ¿Es legal lo que pretende, acaso?

—Para nosotros, los del

F. B. I.,

sí es legal, señor Fletcher. Si se opone, lo haría a la fuerza. Es extraño que le parezca tan mal el que yo examine algo de lo que hay aquí, si realmente no oculta nada cuya posesión constituya un delito. Puede usted acompañarme, desde luego, y ver lo que hago. Empezaremos por esta habitación...

Newton, sonriendo afablemente, se dirigió hacia el receptor de televisión, colocado sobre una mesita. Era grande el aparato, lujoso. Newton dio la vuelta a la mesa para ver la parte posterior del receptor, cubierta con una plancha, con agujeros, de plástico, y que era desmontable.

—Pierda su tiempo, agente —dijo con mordacidad Fletcher, a su lado, la mano diestra metida en el bolsillo del mismo lado del batín—. Me perdonará si le digo que es ridículo lo que hace. ¿Qué busca, en definitiva?

—No lo sé. Le dije que se trata de verificar un acto de fórmula, cumplir una orden superior. Ya me figuro que perderé el tiempo, pero las órdenes son órdenes. En mi oficio hay cosas absurdas, y

ésta es una de ellas —examinaba el interior del aparato con mirada ágil y perspicaz, buscando algún escondrijo.

Pasó después al receptor de radio. Fletcher le observaba, fumando, con una expresión de franca burla. Newton, impasible, o sonriendo también, como si efectivamente estuviera perdiendo el tiempo en cosas absurdas, lo examinó también.

Tocó el turno a los sillones, que puso patas arriba, examinando el tapizado, oprimiendo las partes mullidas.

—Lo malo es que tengo seis habitaciones, con abundancia de muebles y objetos —murmuró Fletcher riendo bajito—. Eso le va a llevar casi toda la noche, ¿no cree? Lo hace muy meticulosamente. Lástima que no va a encontrar nada que constituya delito tenerlo.

Newton examinaba el *parquet* del piso, de madera encerada y pulida. Las juntas, los salientes, los nudos de la madera, la unión con las paredes. El no encontrar hasta ahora nada no le inmutaba.

Estaba convencido de que un hombre que llevaba encima una pistola, estando en su casa, no era nada favorable a él. Si añadía lo del Cadillac, con la historia de Steele, le confirmaba en su sospecha de que el dueño de la casa no era trigo limpio.

—Vamos a su alcoba, a la cocina, por ejemplo —dijo, mirando, a Fletcher, que se había sentado en un sillón, con gesto aburrido y resignado.

—Vamos... —repuso el «boss», levantándose con aire de fastidio—. ¿Cree que esta habitación está bien registrada? Se ha dejado esa lámpara de cristal —señaló la que pendía del techo, con brazos de cristal y una bola en el centro.

Newton no contestó a aquella burla. Se propuso hacer el registro a fondo, minucioso, en la creencia cada vez más firme de que Fletcher era cómplice de Steele. Y de que allí podría encontrar drogas.

Entró en la cocina, amplia, con un fogón para carbón, cocina de gas y eléctrica. En lo alto, un cilindro metálico, que era el depósito del termosifón, con mucha capacidad en litros de agua.

El agente especial comenzó su registro por la cocina de carbón, que tenía un horno esmaltado, registros y tirafuegos. Pero lo hacía de manera que siempre podía ver a Fletcher, que, junto a la puerta, le observaba con el ceño fruncido, aparentando indiferencia.

La cocina de carbón no reveló ningún escondrijo donde pudiera

hallar drogas. Fletcher sonreía ahora, burlón, cruzado de brazos, recostado sobre la cocina eléctrica, de tres platillos y dos hornos.

—Haga el favor —dijo Newton, impasible, indicándole que iba a mirar allí.

—No pierda su precioso tiempo, agente —repuso el «boss», apartándose—. Si busca algo en particular, como drogas, no lo encontrará, se lo aseguro. No me dedico a eso; Por otra parte, si lo hiciera, no las tendría aquí. No me crea tan idiota.

Newton no le hizo caso. Estaba dispuesto a no dejar un solo rincón sin examinarlo a fondo.

Iba a abrir la portezuela del horno, cuando, de reojo, observó que Fletcher metía la diestra, con disimulo, en el bolsillo del batín donde guardaba la pistola automática.

Se volvió rápidamente. El «boss» estaba pálido y en sus verdes ojos había una mirada cargada de odio, asesina. Esto le indicó que estaba «quemándose». En el horno de la cocina eléctrica estaban las drogas...

Sin decir una palabra, dando, un salto, se precipitó sobre Fletcher, cogiéndole la mano que estaba dentro del bolsillo del batín, empuñando la pistola.

—¡Quieto! —exclamó con voz dura, apretándole la mano dentro del bolsillo—. ¿Por qué lleva esa pistola ahí? ¡Suéltela!

Fletcher, apretadas las mandíbulas, sin disimular ya, le dirigió un tremendo puñetazo al mentón con la izquierda. Newton lo esquivó ladeando la cabeza, y a su vez le asestó, también con la izquierda, un golpe con el filo de la mano al cuello mientras le daba un rodillazo en el bajo vientre, empujándole contra la pared.

—¡Fisgón! —rugió Fletcher, lívido de rabia, sin soltar la pistola—. ¡Ya estoy harto de verle buscar la mercancía! ¡No la verán sus ojos!

La extraña lucha comenzó así, con enorme violencia, pues el «boss» era grueso, pesado, forzado, y la rabia le enloquecía. En el horno estaban las drogas, que valían miles de dólares, y no las quería perder.

Newton, que ahora estaba seguro de que allí estaba lo que buscaba, le asestaba feroces golpes con la izquierda, inutilizándole la mano derecha con la suya. No quería, en tanto le fuera posible, matar a aquel hombre. Era una presa interesante y un culpable que

debería pagar caro su delito.

Fletcher le rechazó con gran fuerza tras un forcejeo de varios segundos. El agente especial cayó de espaldas sobre la cocina de carbón, pero saltó de nuevo sobre el «boss» con renovado ímpetu.

Fletcher tenía en la mano, fuera del bolsillo, la pistola, y le apuntaba sonriendo ferozmente, como si ya todo estuviera perdido para su enemigo.

Newton le embistió con los puños adelantados, encogidos, y su mano derecha se aferró como una garra sobre la muñeca del maleante. Sonó una seca detonación. La bala se clavó en el techo. Iba destinada a él y la evitó milagrosamente por el impulso con que agarró la muñeca de Fletcher.

Le retorció el brazo con fuerza hercúlea. Fletcher chilló, retorciéndose, buscando aliviar aquella postura que le causaba un dolor insufrible. Se volcó sobre el joven agente, atenazándole el cuello con la izquierda.

Newton le zancadilleó, haciéndole dar casi una vuelta de campana. Durante medio segundo se separaron. Fletcher, que retenía aún la pistola, le apuntó con ella. La vida del agente especial pendía de un hilo.

Se arrojó sobre el «boss», en una estirada fulminante, y su cabeza chocó contra el estómago del maleante, que chilló de nuevo, cayendo de espaldas cuán largo era.

Newton se abalanzó sobre él de nuevo, poniéndole una rodilla sobre el pecho. Y comenzó a machacarle la cara con ambas manos mientras con el pie izquierdo le sujetaba la mano diestra, la de la pistola, sobre el suelo.

La lucha prosiguió con resultado alterno. Tan pronto Fletcher estaba debajo de Newton como era rechazado y nuevamente la pistola amenazaba al agente especial, que tenía que volver a la carga con rapidez si quería salvar su vida. Una brega agotadora, sin descanso, que el agente especial podría haber terminado mucho antes si hubiera sacado su Magnum y metido una bala en la cabeza del gángster.

El agente especial hubo de reconocer que su adversario era muy duro de pelar. Quizá el más duro de cuantos se enfrentaron a él en una lucha mortal cuerpo a cuerpo.

Fletcher, por su corpulencia, su fuerza física y su exasperación

casi locura homicida, ni daba ni pedía cuartel. Quería matar solamente a quien le cortaba el camino en su ambición fuera de la ley.

Rodando por el piso de azulejos de la cocina, golpeándose contra cuánto en ella había, apretados el uno contra el otro, unas veces, y otras separándose momentáneamente, para después lanzarse como fieras en nuevas acometidas, pasaba el tiempo. Un árbitro de lucha libre hubiera declarado, imparcialmente, que el combate estaba siendo «tablas», o empate, hasta el momento.

Newton, que se iba sintiendo agotado, como lo estaba Fletcher, decidió acabar aquella situación más y más peligrosa para él. El rostro de su enemigo estaba convertido en una masa de carne sanguinolenta, pero el suyo no se quedaba muy atrás. Le pesaban los brazos, sus golpes perdían fuerza...

Cogió con la mano izquierda un taburete, que había rodado muchas veces, empujado durante la terrible lucha, y lo esgrimió. Fletcher, en la mano la pistola, la elevó.

Newton estaba sobre él. Si el agente especial no golpeaba pronto con el taburete, la pistola dispararía otra vez...

El asiento del taburete cayó con gran fuerza sobre el cráneo de Fletcher. Sonó una detonación, pero ya la bala penetraba en el techo, desviada por el golpe en la cabeza del maleante, que al mismo tiempo empujó el codo.

Fletcher quedó sin sentido. Newton se incorporó, quitándole el arma y guardándosela.

Lo esposó con las manos a la espalda, pasando por entre la cadenilla de las argollas el cinturón del hombre, de manera que no pudiera llevar delante las manos.

Repuesto un poco abrió el horno del fogón eléctrico. Allá, en el fondo había una caja que antes contuvo zapatos. Ahora contenía sobrecitos de drogas. Más adentro del horno otra caja igual, y luego otra. Calculó que el peso total podría ser de más de una libra. Miles de dólares en drogas.

VIII

CAPPER era fundamentalmente rencoroso. Privaba en él el instinto de la venganza contra todo aquel que le causara un daño, y jamás olvidaba ni por prudencia relegaba el saldar una cuenta que creía le debían.

Durante su permanencia en Sing-Sing, estuvo rumiando, gozándose en ello, la venganza contra quien le denunció al F. B. I.

Cuando salió y supo quién lo hizo, mató. Agnes Curley murió a sus manos, pese a que sentía por ella cariño, a su manera.

Ahora, en la villa de Fletcher, enclavada en la 220 Street casi a orillas del río Harlem, en el extremo norte de Manhattan, junto a los parques de Baker Field, de la Universidad de Columbia, estaba pensando cómo se podría vengar de Kate Kelway, aquella deliciosa muchacha que le visitó en el taller y vio en el Cadillac el escondrijo que estaba haciendo para guardar drogas.

Estaba allí escondido, en la villa en relativa seguridad, con casi dos mil dólares en el bolsillo, y, no obstante su rencor, su ansia de venganza le impulsaban a la acción contra aquella mujer astuta que le había delatado al F. B. I.

En aquella villa estaba él solo. En la despensa había víveres, conservas, en abundancia. Había licores, tabacos, y una radio, un receptor de T. V., y, en el garaje, un Packard y un Studebaker, también de Fletcher.

Aquella mañana, la siguiente a la en que se marchó del domicilio de su «boss», llamó por teléfono a Fletcher.

Eran las nueve ya y supuso que Fletcher estaría todavía en su casa. Lo encontraría allí.

Pero nadie recogía el auricular. La señal de llamada sonaba insistente y nada más. Colgó, pensando que dormiría tan profundamente que no oía el teléfono. O quizá había salido.

Su mente volvió a derivar hacia Kate. Estaba planeando la forma de matarla. Tenía tiempo sobrado para pensar detalladamente en ello. Tal vez hiciera como con Agnes. Ir a su casa, llamar a la puerta y encontrarse con ella.

Le había salido magníficamente aquello y podía repetirlo, pero ahora sin tener que fingir un suicidio, en lo que fracasó.

A las once volvió a llamar a Fletcher. El «boss», se lo dijo, no pensaba salir de su casa apenas. No le convenía que le vieran en tanto el

F. B. I.,

buscaba derivaciones de la muerte de Steele, de Agnes y de la huida suya, de Capper.

Pero el teléfono, pese a estar marcando la señal de llamada con insistencia, no daba más señales de vida. Fletcher no estaba en su casa.

A las once y media, volvió a llamar, ya nervioso. Nadie acudía. Esto le estaba pareciendo muy extraño. El «boss» no saldría. Tenía miedo de hacerlo, le dijo. Entonces, ¿por qué no acudía a la llamada?

A las doce, a las doce y media, a la una y media, llamó, ahora con ansiedad. ¿Habría huido su «boss» sin comunicarle que se iba? ¿A otro refugio, fuera de Nueva York?

A las dos, después de comer, puso el aparato de radio en marcha. Era cuando daban las noticias. Tal vez le hubiera ocurrido algo al jefe. Su negativa a marcharse de su casa le pareció descabellada, porque encerraba peligro. El peligro de que el

F. B. I.,

fuera a buscarle. Por eso él, Capper, presintiéndolo, había puesto pies en polvorosa.

Comenzaban las noticias. Primero las internacionales, después las locales. Al fin, Capper puso atención, elevando la potencia del aparato.

«La detención de Cari Fletcher por el

F. B. I.,
tiene mucha más importancia de lo que se podía suponer. Se ha encontrado en su domicilio una importante partida de drogas, que se iban a distribuir. Era jefe de una pandilla de contrabandistas y distribuidores, que será disuelta y detenidos sus componentes. Uno de ellos era Clement Steele, el segundo de Fletcher, que murió a manos del

F. B. I.,
hace dos días, como ya se comunicó. El

F. B. I.,
guarda reserva, como en él es habitual, pero todo hace pensar que se ha asestado un golpe mortal a la organización siniestra de estos maleantes».

Capper, anhelante, inclinado sobre el receptor, escuchó aquella noticia, sintiendo cómo su corazón se paralizaba de terror. Cerró la conexión del aparato, ya que no había más noticias sobre aquel particular, y se levantó del sillón poseído de gran agitación.

¡El idiota de Fletcher, que no quiso hacerle caso y se quedó en su casita, esperando a que lo trincaran como si fuera un pipiolo! ¡Idiota vanidoso, que se creía un superdotado y desdeñaba los consejos y advertencias!

¿Y ahora, con respecto a él? ¿Estaba allí seguro, en la villa, cuando Fletcher sería sometido a interrogatorios por especialistas del

F. B. I.
a quien era poco menos que imposible engañar? ¿No le delataría, a su vez, diciendo dónde se encontraba el perseguido Capper?

Lanzó un gemido de angustia al pensar, con buena lógica, que la caída de aquel imbécil engreído podía suponer su perdición. Si Fletcher había sido detenido la noche anterior, ya era algo extraño que el

F. B. I.,
no se hubiera presentado en la villa a buscarle a él.

Tenía que marcharse de allí, donde hubiera podido esperar una temporada hasta encontrar a forma de salir de la nación. Al Canadá, a México o a las Antillas, o Cuba...

Tenía que marcharse, y cuanto antes. No iba a hacer lo que hizo Fletcher: esperar cándidamente a que fueran a buscarlo.

¿Y la venganza sobre Kate? Porque eso no lo iba a abandonar. Aquella mujer se la había jugado bien, muy bien con su inteligencia y astucia, y por ella se veía ahora así.

Su venganza se componía de dos partes. Tenerla en su poder y luego matarla. Sin compasión, con todo lo hermosa que era.

Contó el dinero que tenía en su poder. Cerca de dos mil dólares. No era mucho, pero sí lo bastante para salir de la Unión y pasar una temporada hasta encontrar trabajo.

¡Tenía dos coches en el garaje! Dos coches nuevos, de último modelo, que valdrían tres mil dólares vendiéndolos a bajo precio. Y en la mesa de despacho de Fletcher, allí en la villa, había visto la documentación de los vehículos. Los podía vender, porque ya Fletcher no los iba a necesitar en bastantes años. ¡Por idiota!

Sus nervios, en terrible tensión, le pusieron en movimiento. Había que darse prisa. De un momento a otro podrían llegar los agentes del

F. B. I.,

para detenerlo. ¡Aprisa!

Fué al garaje donde estaban el Parckard, lujoso, con «extras» en cuanto a adornos, tapizado de piel, radio y calefacción.

Tenía el depósito lleno de combustible, como el Studebaker. Primero el Packard, el que más valía. Luego regresaría por el otro.

Lo sacó del jardín, tras una inspección por los alrededores. La villa estaba aislada.

Condujo el magnífico vehículo, nuevecito, hacia el sur. Conocía una agencia, más de una, donde se compraban y vendían coches de ocasión.

En la East 72 Street estaba aquella agencia de compraventa de coches. Tenía un garaje inmenso, con exposición de vehículos, y tasadores, que en pocos minutos realizaban una operación que les interesara.

—A ver —dijo en tono seco a un empleado que acudió a atenderle—. Deseo saber cuánto vale este coche, tal como está.

—Se le dará el máximo —dijo el tasador, sonriendo al ver el vehículo, tan brillante, de color negro charolado. Entró en él, lo examinó, puso en marcha el motor, lo aceleró lo puso en la marcha mínima, escuchando el leve zumbido. Luego lo sacó del garaje y dijo a Capper que iba a probarlo un poco.

Capper esperó diez minutos casi, fumando nerviosamente. Al fin regresó el perito y se bajó del Packard.

—¿Tiene la documentación en regla? —preguntó, mirando fijamente a Capper.

—Véala —dijo el joven, mostrándole la patente, la factura de adquisición y otros documentos más—. ¿Cuánto dan por él? No quiero regateos. No tengo prisa en venderlo, se lo advierto. Si no es razonable, otro se lo llevará.

—Le ofrezco el máximo, señor —repuso el empleado, arrugando el ceño, pensativo, mientras contemplaba el coche—. Mil seiscientos, al condado. La cesión se haría ahora mismo.

—Es suyo —contestó casi desdeñosamente Capper, dando la espalda al Packard.

—De acuerdo —repuso el empleado, sonriendo—. Haga el favor de pasar a la oficina. Ha hecho un buen negocio, señor. El mercado está saturado y nadie quiere comprar...

—No me venga con bobadas —repuso Capper secamente—. Soy del oficio y sé que tal como está ese coche lo van a vender por lo menos con un cuarenta por ciento de beneficios. Pero he de marcharme al extranjero y no quiero llevármelo.

Así se encontró Capper, regalados, mil seiscientos dólares. Lo hubiera dado por mil o menos, porque realmente no le interesaba ahora tener un coche que tal vez el

F. B. I.,

estuviera buscando ya. Y lo mismo con el Studebaker.

Contento regresó en un taxi a la villa. Se bajó antes, en la calle anterior y fue a pie, por si había sorpresas. No quería hacerse ilusiones en cuanto a que los federales le buscaran. Fletcher bajo interrogatorios a fondo lo delataría.

Pero no vio nada sospechoso en los alrededores del hotel. Ningún coche, ninguna persona vigilando. Cabía la sorpresa de que le esperaran dentro...

La pistola en el bolsillo de la derecha de la trinchera, entró en el porche. Metió la llave en la cerradura de la puerta y entró cautamente, con el arma en la mano.

Nadie le esperaba. Recorrió silenciosamente las habitaciones cauto, prevenido. No había nadie. Bueno, Fletcher aún no le habría delatado. Un respiro que no sabía lo que podría durar. Confiarse era

una temeridad, como la cometida por su «boss».

Sacó del garaje el coche Studebaker lujoso también.

Y nuevamente, al volante del rápido Studebaker, bajó a la ciudad. Ahora a la East 43 Street, donde sabía había otra entidad que compraba y vendía coches usados.

Como tenía prisa por acabar con aquella cuestión, llegó a un feliz resultado con el empleado que lo examinó. Sacó novecientos dólares por él, al contado que unió al fajo que llevaba en la cartera. Cuatro mil quinientos «pavos» regalados, entre el producto de los dos coches y lo que le diera Fletcher. Una cantidad apreciable si la usaba con prudencia.

Regresó en un taxi a la villa. Esta vez con más miedo, pues comenzaba a anochecer y él temía a la noche, sabiéndose perseguido. Por ello, dio un rodeo por la calle, observando si alguien vigilaba o algún coche estaba por allí parado.

Entró en el edificio, cruzando el silencioso jardín. Nadie lo esperaba.

Hizo la maleta, metiendo en ella algunas ropas nuevas que se había comprado y diversos objetos. Pero él había ido allí para otra cosa, además.

Fletcher había comprado diversos relojes de oro y platino (se comportaba como un nuevo rico en todo) de marcas excelentes, así como unas boquillas de ámbar y oro con piedras preciosas.

Todo lo metió en la maleta sonriendo con ironía. Fletcher ya no necesitaba aquello.

Con la maleta solamente, salió de la villa. Echó una mirada atrás, despidiéndose con cierta melancolía de aquella mansión donde hubiera podido estar una temporada muy a gusto.

Tomó un taxi no lejos de allí y ordenó al conductor le llevara a Albany Street, precisamente al extremo sur de Manhattan, cerca de Battery.

En el 155 de aquella calle vivía un «compañero» de profesión que solía alquilar habitaciones a individuos que no podían o no querían hospedarse en hoteles o pensiones.

El individuo se llamaba Finner y vivía con su mujer llamada Liza. Una verdadera furia, gruesa, de rostro muy poco femenino, pues tenía tanto vello en la cara como barba su marido.

—Ya me enteré que habías salido del palomar —dijo Finner

cuando se presentó Capper en su casa—. ¿Y ahora qué haces? Mira, mientras estés aquí no hagas nada que me pueda traer conflictos, ¿sabes? Hace unos días estuvo aquí la policía buscando a un tipo que tuve y se acababa de marchar.

—Y tendrás que pagar veinte «pavos» diarios por la pensión —agregó Liza, mirando con desconfianza a Capper—. Pago adelantado, claro es —tendió la mano sucia, regordeta.

—De acuerdo en todo —contestó Capper, sonriendo. Y extrajo de un bolsillo unos billetes pequeños, contando los veinte dólares—. Actualmente no hago nada que pueda ser tachado de inquietante. A Fletcher le han agarrado, a Steele lo mató el

F. B. I.

—Ya lo hemos sabido. ¿Tenías algo que ver ahora con ellos? —inquirió Finner, mirando fijamente a su nuevo huésped—. Si es así, no podemos tenerte.

—Iba a trabajar con ellos, como lo hacía antes de que me metieran en

Sing-Sing,

pero todo se ha estropeado. Ya os digo que ahora no trabajo en nada. El

F. B. I.,

no me persigue, ni la Policía. Pagué mi cuenta, y andando.

De esta manera pudo encontrar un nuevo refugio en aquel antro maloliente, entre dos personas que desvalijaban descaradamente a quien necesitara un escondrijo como él lo necesitaba ahora. Menos mal que estaría allí muy poco tiempo. Liquidar a Kate y salir de Nueva York inmediatamente.

Fué a una ferretería cercana y compró unas herramientas finas, de buen acero. Un cortafríos, un punzón, tres destornilladores de diferentes tamaños y unos trozos de alambre de acero templado de varios gruesos.

Llevando una cartera de mano que se compró, con las herramientas, salió a la calle. Eran las once y media dadas. Sabía la dirección de Kate Kelway por la tarjeta que ella le diera y por los documentos del seguro y los informes comerciales firmados por aquella astuta y bella muchacha.

Vivía en Vestry Street, al norte de Greenwich Village, y allí le dejó el taxi que tomara. En el número 78, que era un edificio de tres

plantas, antiguo pero elegante de un estilo francés, con tejado de pizarra, balcones con barandillas de hierro artísticas. El portal, todavía abierto, era lujoso, con mármoles y dorados antiguos, y alfombra en la escalinata.

Capper subió la escalera. Ella vivía en el piso segundo. No tenía sino un cuarto por piso, según observó. Kate debía de ganar bastante dinero para residir en semejante inmueble.

Se detuvo ante la puerta, de dos hojas, de roble barnizado, sin mirilla. Esto le gustó mucho. Las mirillas eran los grandes enemigos de todo ladrón de pisos que quiere entrar aunque estén dentro los inquilinos, o llaman a la puerta y se cuelan de rondón cuando alguien esté dentro.

La pistola en el bolsillo de la trinchera, el cuello subido y con los nervios tensos, llamó al timbre eléctrico. Haría como hizo con Agnes. Pero más rápidamente. Una cuchillada tan pronto abriera...

Pero no, no... Estaría con ella un rato. Se había olvidado de que era muy bella, que le gustaba mucho. Luego la mataría.

El discreto timbrazo no tuvo como consecuencia que le abrieran. Suponía que Kate viviría sola. No sabía si esto era cierto, pero si así no fuera no importaría mucho. En vez de matarla a ella solamente, liquidaría a quien habitara allí, en su compañía. Su deseo de venganza no quedaría fracasado por aquella eventualidad.

Llamó de nuevo, un poco más prolongadamente. Un minuto de espera, y nadie acudía a abrir o preguntar quién llamaba. Kate vivía sola y estaba ausente, pensó con buena lógica.

Abrió la cartera de mano y luego examinó la cerradura modelo Yale. No creía que el abrir la puerta le costara trabajo. Una vez dentro, esperaría que llegara aquella mujer. ¡Vaya sorpresa que se iba a llevar!

Empleó dos trozos de alambre de acero en forma de pinzas. Los engrasó y procedió a introducir uno por el agujero. Silenciosamente, hurgaba despacio, buscando el engrane que moviera los resortes.

Como aquella cerradura había abierto decenas en un lapso de tiempo de menos de media hora.

De cuando en cuando se detenía para escuchar. Pero en aquella casa de tan pocos vecinos reinaba una tranquilidad que le favorecía mucho.

Sonó un chasquido. Suspiró con fuerza y empujó la puerta. Ya estaba la mitad del trabajo hecho. Se alegraba de que Kate no estuviera allí ahora. Era mejor esperarla, darle la sorpresa, que la dejaría horrorizada desarmada, como el pajarillo ante la serpiente.

A la luz del encendedor, penetró en el piso. Cerró la puerta sin ruido, pues la cerradura no había sufrido ningún deterioro. Estaba en una especie de «*hall*» bien amueblado, con el suelo de *parquet*. Olía a perfume. A habitaciones muy limpias, cuidadas.

Encendió una lámpara de pie, en un gabinete, cerrando antes las contraventanas del balcón que daba a la calle. Luego siguió su inspección de la casa, que constaba de seis habitaciones, pequeñas unas y grandes otras. Todo bien amueblado.

En la alcoba de ella, pues allí, en el armario de tres cuerpos vio vestidos femeninos solamente, elegantes, de mucho gusto, comprobó que Kate vivía sola en el piso, y esto le alegró mucho. Nadie le había salido al encuentro, y en la alcoba, sin duda para huéspedes, no vio ropa en el armario.

A esperar... Fué al *hall* de entrada y se sentó en un sillón. Frente a él estaba la puerta. Tan pronto oyera un ruido en la escalera o en la cerradura, se escondería tras aquellas cortinas de terciopelo color salmón y cuando ella cerraba...

Estaba inmóvil, escuchando, esperando. La luz del gabinete la había apagado, pues le delataría cuando ella entrara, al verla. Tenía a mano el conmutador de la araña de cristal del *hall*, aunque Kate la encendería al entrar, ¡vaya sorpresa que se iba a llevar!

Consultó la hora en su reloj de pulsera, uno de los de Fletcher de platino. Para ello se alumbró con el encendedor. Eran las doce y veinte.

Pensó que Kate se retiraba tarde a su casa. Tal vez la gustaba ir a divertirse, después de trabajar todo el día. Tal vez iba con su novio... ¿Qué clase de mujer sería? Parecía decente, pues de no ser así no se dedicaría a aquella profesión verdaderamente cansada, sin parar durante el día.

Miró de nuevo el reloj. La una y siete minutos. Muy tarde ya...

¿Y si se hubiera ausentado de Nueva York? Era posible. Tal vez el

F. B. I.,

la protegía ahora, después de denunciarle y dado que él estaba en

libertad. Pensarían que ella podría correr peligro y la alejaron de Nueva York, o quizá en otro lugar de la ciudad.

Este pensamiento le hizo barbotar, rabioso. No tenía mucho tiempo disponible para esperar a que ella apareciera, buscándole el F. B. I., como le estaba buscando. Deambular por la ciudad era muy peligroso.

Si ahora no conseguía matarla, tal vez no lo conseguiría ya. Había de huir, alejarse del peligro que intuía más y más cercano. Con el F. B. I.,

no se podía jugar al escondite. Siempre le encontraba a uno.

Mientras así pensaba, Kate estaba subiendo la escalera, pisando por la alfombra espesa sin producir ruido alguno. Llevaba ya en la mano la llave de la puerta de su piso. En la calle se había despedido del agente especial Newton, que la llevó en su coche hasta allí.

Cuando un hombre y una mujer se quieren, acaban casi siempre por decírselo, demostrárselo, hacérselo ver. Y ya hacía tiempo que él deseaba decir a Kate que la quería. Y ella quería demostrarle que le quería.

Kate, pues, subía la escalera, ignorando que cada escalón que ascendía era un paso más hacia la temible Eternidad, desconocida, siniestra para muchos; misteriosa y atrayente para pocos, los cansados de la vida.

Acababa de dejar el amor abajo y era feliz recordándolo, y mucho más feliz pensando en el siguiente día, en que volvería al lado de Eric.

Llegó ante la puerta. Como era bastante tarde, sus movimientos eran silenciosos, para no despertar a los vecinos respetables. La alfombra, por otra parte, apagaba sus pisadas.

Iba a meter la llave en la cerradura cuando quedó inmóvil, como petrificada, escuchando atentamente. Su corazón quedó inmóvil...

Oía ese ruido peculiar que hace un encendedor automático cuando falla al querer hacerlo funcionar. Y era dentro de su piso, al otro lado de la puerta, en el mismo *hall*...

Un momento después oyó otro ruido leve. Sonaba el sillón de piel de cerdo que había en aquella estancia, al lado del perchero. Alguien que estaba sentado en él y se movía. La piel, tensa, crujía al

roce de quien estaba sentado. Una persona que usaba un encendedor que fallaba y se movía en la butaca.

En el bolso llevaba ella un revólver Magnum, del

F. B. I.

Newton se lo dio para que se defendiera si se encontrase sola. El que Capper estuviera todavía libre constituía un peligro, que ella, valerosa, desdenaba.

Lo sacó y quedó pensativa, considerando el misterio de que en su piso hubiera alguien y quién podría ser. Tal vez Capper... O un ladrón vulgar, que había entrado para robar. Pero estaba sentado, eso era lo extraño. Y tal cosa parecía dar a entender que esperaba, fumando.

Recordó que Newton, al despedirse ahora de ella, dijo que esperaría en la calle hasta que su novia encendiera la luz, y que por un balcón la vería como definitiva y romántica despedida. Viendo su silueta tras los cristales, la mano moviéndose... o lanzándole un beso.

Giró sobre sus talones sigilosamente. Y mirando hacia atrás, el Magnum en la mano, comenzó a bajar la escalera poseída de un temblor nervioso grande. Era todo muy extraño, sobrecogedor, tal vez siniestro.

Llegó al portal. Estaba entornado. La vecindad de la calle era tan de fiar que no solía cerrarse con llave. Por otra parte, un «cop» de la Metropolitana rondaba toda la noche por aquellas vías, donde nunca ocurría nada.

Newton, las manos atrás, con su gabán ligero, tan alto y esbelto, miraba hacia el piso de su novia, esperando verla. Ella sonrió, agradecida, emocionada, al divisarlo, pese a la ansiedad que ahora sentía por el misterio que había en su piso.

El agente federal bajó la cabeza cuando ella apareció en el portal. Le dijo por señas que guardara silencio. Newton avanzó a paso rápido.

—Calla... —dijo, cogiéndole una mano entre las suyas, frías, temblorosas—. Eric, en mi casa hay alguien. Dentro, ¿sabes?

—¿Eh? —repuso Newton, mirándola fijamente mientras fruncía el ceño—. ¿Has visto algo? ¿Está la cerradura violentada?

—He oído que alguien quería hacer funcionar un encendedor y fallaba. Y estaba sentado sobre el sillón de piel, que hacía ruido

bajo su peso. ¡Hay alguien, estoy segura! Sobre todo, lo del encendedor me lo ha indicado. ¿Has enviado a algún camarada tuyo para que guarde mi casa?

—No, no. Ya te dije que podríamos llevarte a otra casa, o sacarte de la ciudad, y no quisiste. Bien, querida, quédate aquí. Dame la llave —repuso el agente federal, sonriendo.

—¡No! —Ella le cogió por las solapas del gabán, temblando de miedo—. ¡No, Erick! ¿Has pensado que puede ser ese asesino de...?

—¿Capper? —interrumpió él con voz serena, cariñosa. Se inclinó y la besó—. ¡Me alegraría, Kate! Ese hombre, mientras esté en libertad, constituye un serio peligro. Mira lo que hizo con aquella muchacha, Agnes... Y ahora, si es él el que está arriba, lo que te reservaba. ¡Vamos, dame la llave del piso!

—¡Avisa a la División, Eric! ¡Hazlo por mí, por nuestro cariño! ¿Vas a ir a la muerte así, tontamente? ¡Está él esperando, y en cuanto abras la puerta!...

—¡Vete de una vez! —exclamó Newton, empujándola rudamente fuera del portal—. ¡No me estorbes, haz el favor! ¡Vete lejos, a la esquina, más allá, por si él sale!

Comenzó él a subir la escalera, de dos en dos, sin producir ruido, en la diestra el Magnum. Kate, desfallecida, poseída de un terror indescriptible, salió a la calle. No podía alejarse, sabiendo que él se iba a jugar la vida.

Era horrible saber que Capper podía estar esperando detrás de la puerta, en la mano una pistola o un cuchillo. Era como ir al sacrificio a sabiendas.

Newton llegó ante la puerta del piso. Tomó aliento, un poco fatigado por la rápida subida. Deseaba que fuera Capper el que estaba al otro lado de la puerta. Y bendecía a Dios por la perspicacia de Kate, que supo darse cuenta del peligro que acechaba al otro lado de la puerta cerrada.

Ahora él tenía que afrontarlo. Mejor así, que no ella. Capper era un asesino peligroso en extremo. Un hombre de un rencor terrible, vengativo, astuto.

El

F. B. I.,

se había equivocado al creerle regenerado. Tal vez al comienzo, cuando salió de

Sing-Sing,

tuviera el propósito de vivir dentro de la ley, pero fácilmente varió de opinión cuando Fletcher le puso en la mano mucho dinero. Y su deseo de venganza, nunca olvidado...

Metió la llave en la cerradura. Oyó entonces un leve chasquido al otro lado de la puerta. Quien estuviera allí había hecho funcionar el conmutador de la luz en el *hall*. Estaba apercebido; esperaba a su víctima. A Kate...

Dio la vuelta a la llave Newton, tensos los nervios. En la diestra el Magnum, con el percutor levantado.

Aquello era como ir a una muerte cierta. Casi un suicidio. Capper, si era él, tenía todas las ventajas a su favor, porque estaba esperando a que la puerta fuera empujada hacia adentro y podría disparar, o acometer con el cuchillo, en la mejor posición de espera.

El agente especial dio un tremendo empujón a la puerta mientras se inclinaba mucho, hasta casi arrodillarse.

Capper no esperaba que en vez de Kate, la pobre mujer que según sus cálculos entraría ignorando quién la esperaba y lo que la esperaba, fuera él, Newton, revólver en mano. Ésta era la única desventaja en contra del asesino. El que después tuviera las demás a su favor tenía que afrontarlas el agente federal a cuerpo limpio.

El empujón a la puerta le puso casi en la mitad del *hall* mientras miraba a su alrededor, buscando a Capper, si era él en efecto. Sintió que el peligro le cercaba mucho más cuando no se dio de bruces con el asesino. ¡No estaba! ¡No era visible!

Tras las cortinas, la pistola Luger en la mano, Capper miraba horrorizado al agente federal. Su sorpresa era infinita.

¡No era Kate la que había entrado! ¡Era el mismo agente especial que le detuvo dos años antes! ¿Qué había pasado para que tal cosa sucediera?

Pero tenía que escapar de allí. Se había metido, él solito, en una ratonera, creyendo que el gato sería él y la ratita Kate. ¡No quería nada con aquel agente!

Cuando Newton se incorporaba, buscando con la mirada al enemigo, sacó la diestra Capper, con la Luger amartillada. Newton, a cuatro yardas, era un blanco fantástico de puro fácil.

Disparó sobre él con mano temblona, porque el pavor le tenía fuera de sí. Sólo quería huir, huir de allí...

Newton sintió un fuerte golpe en el brazo derecho, por encima del codo. Su mano del mismo lado pareció sentir repentinamente una paralización que le hizo soltar el Magnum.

Capper se lanzó sobre él como un alud. Newton quiso cambiar de mano el arma, arrodillado como estaba. El brazo lo tenía inutilizado del codo para abajo.

El asesino le propinó, con el cañón de la Luger, mientras brincaba sobre él, huyendo, los ojos con la mirada extraviada por el terror, un golpe furibundo sobre el cráneo.

Newton gimió débilmente, atontado, al borde del desvanecimiento. El sombrero de fieltro había amortiguado bastante la rudeza del golpe, pero aun así había sido brutal.

Capper bajó con la velocidad del viento el primer tramo de la escalera. Miró hacia atrás, por si le seguía Newton. Le poseía un pánico cervical, unido a una sorpresa indescriptible. ¡Creer que quién entraba era Kate, la presa fácil, y encontrarse en su lugar con el temible agente federal que le detuvo hacía dos años!

Bajó el resto de la escalera casi rodando, desolado, en la mano la Luger. Llegó al portal y lo recorrió en dos brincos. Miró hacia atrás. No bajaba Newton. Quizá el balazo le dio en alguna parte importante. Quizá lo había matado...

Kate, en la acera opuesta, junto al coche de Newton, oyó el ruido de la detonación. Lanzó un grito de alarma y miedo. Inmediatamente, mientras sacaba el revólver de su bolso, vio a Capper, que se lanzaba a la acera como zorro perseguido por los perros. ¡No iba tras él Newton!

La muchacha, valerosa, salió de detrás del coche, elevó el brazo y disparó dos veces seguidas sobre la figura de Capper, que corría calle abajo como jamás viera a persona alguna hacerlo. El miedo le daba alas.

Kate penetró en el portal rápidamente. Un terrible presentimiento la asaltaba. La detonación oída significaba que Newton recibió el balazo. Y estaba muerto arriba.

Era natural y ella tenía la culpa por decirle que en su casa había alguien, un asesino quizá. Lo había llevado a la muerte...

Comenzó a subir la escalera aprisa. Pero se detuvo, mirando hacia arriba.

Newton la bajaba velozmente, meneando la cabeza para sacudir

la conmoción que el golpe en el cráneo le producía. Llevaba el brazo derecho colgando, y de la mano le brotaba la sangre en abundancia, procedente de la herida en el brazo.

—¿Ha huido? —preguntó a Kate, que le miraba con alegre sorpresa—. ¿Ha huido? ¿Disparaste tú?

—¡Sí; pero no le di! Va calle abajo, corriendo como una liebre. ¿Qué te ha hecho, Eric?

Le mostró la sangre que bajaba por su diestra, cayendo sobre la alfombra azul y gris.

—¡Al coche, querida! ¡Al coche! —gritó Newton, apartándola con rudeza y luego tirando de ella con la mano izquierda—. ¡Ese hombre no puede seguir en libertad! ¡Vamos al coche, y tú lo conducirás!

—¡Tienes que cortar esa hemorragia, Eric! ¡Te desangras! —gritó ella, llena de pánico—. ¿Dónde te ha herido?

—¡En este brazo; pero ahora no podemos ocuparnos de eso! —La hizo bajar con tal precipitación, lleno de agitación, la mirada extraviada por la rabia, que rodó por la escalera un poco. Él la contuvo, incorporándola, con su gran vigor físico.

Dejaron el portal. De allí, a la acera. Kate se adelantó, abrió la portezuela del coche, empujada por Newton, y ocupó el asiento del volante. Se sentó él a su lado, metiéndola prisa, ayudándola con la mano izquierda a dar al encendido. La sangre que bajaba de su mano derecha goteaba aprisa sobre el piso del coche.

—¡Acelera cuanto puedas, querida! Iba hacia abajo, ¿no? ¡Lo encontraremos aunque se meta debajo de tierra! ¡Hay que aniquilarlo, querida!

El coche salió bufando, conducido por la joven, a setenta millas por hora, calle abajo. Encendió los faros de carretera.

Newton, a su lado, murmuraba algo entre los apretados labios, esgrimiendo el Magnum con la mano izquierda. En el piso, bajo él, se estaba formando un charco de sangre.

—¡Sigue por Hudson Street! —gritó él con voz dura—. ¡Acelera más! ¡No se nos puede escapar, Kate! ¡Es un criminal temible, piénsalo! ¡Te hubiera matado! ¡Acelera más!

El motor del coche rugía. Giró sobre las dos ruedas de un costado, produciendo un chirrido siniestro al doblar una esquina sin frenar. Kate, buena conductora, procuraba no perder la

tranquilidad, cosa casi imposible teniendo al lado un hombre, al que adoraba, herido, desangrándose, que la acuciaba sin descanso. Para ir de nuevo al peligro, contra el asesino, con un brazo inútil. Había escapado de una muerte cierta y ahora iba a buscarla de nuevo.

En Hudson Street, calle ancha, bien alumbrada, moderó la marcha, a instancias de Newton, que miraba a través del cristal delantero.

El charco de sangre, bajo él, aumentaba de tamaño. Kate lo miró y gritó, pero él, con la izquierda, la apretaba un brazo con fuerza terrible.

—¡Mira bien, por si va por la acera aquélla! —exclamó Newton—. ¡Yo miro hacia la otra! ¡No se nos puede escapar, comprende, querida mía! ¡Es un asesino que anda suelto!

El coche describía eses, arrimándose a una acera y otra, con los faros de blanca luz iluminando mejor aún la calle. El tránsito de coches y peatones era casi nulo.

—¡¡Allí!! —gritó de repente Newton, pisando el acelerador, inclinado sobre el cristal—. Un hombre va corriendo. ¿No lo ves? ¡Hacia la acera aquélla, aprisa! ¡Luego frena, para que me baje!

—¡No puedes ir así, Eric! ¡Estás perdiendo mucha sangre, no puedes mover ese brazo! ¡¡Te matará!! —gritó ella, angustiada, dirigiendo el coche a toda velocidad hacia la acera contraria.

Vieron una alta figura correr con todas sus fuerzas en busca de la esquina próxima. Volvió una vez la cabeza al sentir sobre él la luz fuerte de los faros del coche.

—¡¡Ya!! ¡¡Frena!! —aulló Newton, abriendo la portezuela bruscamente—. ¡Espérame aquí, y dispara si se te acerca! ¡¡Para!!...

Capper estaba a cien yardas, corriendo como un loco, haciendo eses por si disparaban sobre él. La esquina estaba próxima. La acera era ancha y vaciló un poco. Miró hacia atrás. Vio a Newton saltar a tierra. Oyó una fuerte detonación. La bala silbó sobre su cabeza a un par de pulgadas de distancia.

Newton se lanzó a la carrera tras él. Las piernas, largas, ágiles, no estaban heridas, como el brazo derecho, que colgaba, dejando un reguero de sangre sobre el cemento de la acera.

Kate se lanzó, a su vez, tras su novio. Tenía un Magnum que podía también ser usado. No iba a dejar solo a Eric. Ella era alta,

esbelta, y hecha a los deportes, al tenis, la natación, la carrera pedestre.

—¡Vete! —gritó Newton al verla a su lado—. ¡Querida, puedo valerme solo y vas a ser un estorbo para mí! ¡¡Vete, Kate!!

Ella se apartó de él unos pasos. Le compadecía con toda su alma al verle correr dejando un reguero de sangre atrás, con el brazo colgando, la mano metida en el bolsillo para poder sujetarlo un poco y sufriendo grandes dolores a cada zancada que daba. Y que, además, corría hacia la muerte, dada la inferioridad física en que se encontraba.

No quería quedarse atrás, dejando solo a Eric. Multiplicaba sus zancadas, pero los altos tacones la estorbaban para correr bien. ¡No le abandonaría!

Vieron, a unas doscientas yardas de distancia, a Capper, que corría desesperadamente, pero daba traspies y demostraba estar ya cansado, después de varios minutos de galopar con todas sus fuerzas.

Newton aceleró la marcha. Sus largas piernas se abrían casi con regularidad matemática. Era un atleta y, por otra parte, le habían enseñado en la Academia del

F. B. I.,

a hacer toda clase de ejercicios gimnásticos. Para él tampoco era un problema insoluble disparar con la mano izquierda.

Kate quedó atrás. Newton quizá lo hacía de propio intento para alejarla del peligro. Pero no lo iba a consentir. No la importaba morir con él, ahora que sabía que se querían.

Se detuvo un instante, quitándose los zapatos aquellos, buenos para lo que los destinaba, pero no para correr. Los arrojó lejos y entonces, con las medias de nilón por todo calzado, apretó los codos contra los costados, aspiró fuerte el fresco airecillo de la calle y emprendió la persecución de Eric, que iba cien yardas delante de ella.

Capper perdía terreno. Estaba cansado. También le dominaba un terror espantoso al ver tras él a aquel agente federal, de quien conservaba un recuerdo terrible.

Comenzó a disparar, volviéndose para hacerlo, por si alguna bala detenía la carrera de su perseguidor.

Kate alcanzó a Newton, que la miró con asombro. Una leve

sonrisa arrugó sus labios, apretados por el dolor. Era maravilloso ver a la muchacha, revólver en mano, a su lado, valerosa, queriendo compartir con él el peligro.

—¡Terca! —rugió él, aparentando disgusto—. ¡No vayas a mi lado, o una bala te puede dar, haciendo carambola! ¿No ves cómo tira?

A su vez, el agente federal disparó dos veces, deteniéndose un momento. Capper aceleró la huida al oír silbar las balas muy cerca de él. Pero pronto disminuyó la marcha. Le pesaban las piernas como si fueran de plomo y la fatiga le ahogaba. Esto lo notó Newton, que conservaba un ritmo casi igual en su carrera.

Kate no se quedaba atrás. Tenía resistencia y no estaba dispuesta a dejar solo en aquella terrible coyuntura al hombre a quien amaba desde hacía mucho tiempo. Lo defendería como una leona defiende a su pareja, a sus cachorros.

Capper se metió, de repente, en el hueco de un portal. Desde allí comenzó a disparar afinando la puntería. Esto le permitiría descansar un poco y tal vez dejar fuera de combate a sus dos enemigos.

—¡Tírate al suelo! —gritó el agente especial a su novia—. ¡Ya es nuestro, querida! ¡Tírate al suelo!

Pero Kate no le hizo caso. Se lanzó a la calzada, brincando. Tenía las medias destrozadas, y pisaba con los pies desnudos sobre el asfalto, pero esto casi la agradaba. Corría mejor.

Una bala enviada por Capper silbó tan cerca de un oído que le pareció el zumbido de una avispa. Se estremeció, pero siguió corriendo hasta llegar a la otra acera. Una vez allí, pegada a las fachadas de las casas, avanzó más apresuradamente aún.

Quería colocarse casi a espaldas del asesino, cerrarle el paso en su huida cuando saliera del portal.

Newton la gritaba algo mientras avanzaba con precaución. Capper, que se daba cuenta de la maniobra de Kate, disparaba sobre uno y otro, volviéndose rabioso, sin hacer blanco.

Tenía por enemigos a un ducho agente especial, hecho a aquella clase de combates, y a una mujer inteligente, astuta, poseída de un valor y un coraje sobrehumanos.

Newton estaba a cincuenta yardas de distancia del portal donde se guarecía Capper. Avanzaba ahora paso a paso, pegado a las

fachadas, metiéndose en los huecos de las tiendas u otros portales. Acortando la distancia para disparar sobre seguro.

Kate estaba en la acera de enfrente, pero más avanzada, de manera que podía ver casi de espaldas a Capper, encogido, disparando con su Luger contra Newton, al que más temía, aunque a ella la enviaba una bala de cuando en cuando.

Aquella situación se hizo insostenible para el asesino. Kate disparaba ahora sobre él. Y aunque no tenía experiencia en ello, su colocación la favorecía, pues le tenía mucho más a la vista que Newton.

Metió un nuevo cargador en la Luger, miró hacia donde estaba Newton, que proseguía su avance, brincando de uno a otro hueco, guareciéndose. Luego observó a Kate, escondida en otro portal, que disparaba sobre él con una tenacidad tremenda, mejorando poco a poco la puntería.

Ya sus balas se estrellaban muy cerca de él. Acabaría por matarlo si seguía allí.

Se lanzó fuera del portal a toda velocidad, más descansado. Disparó sobre Kate, para impedirla que siguiera por la acera de enfrente, dando la espalda a Newton, a quien no veía.

Esto le perdió. Debió de darse cuenta antes de que al esconderse allí favorecía a sus enemigos, que hicieron justamente aquello que les permitiría bloquearle, impedirle la salida, y si lo hacía sería una catástrofe para él.

Sonaron dos disparos casi seguidos cuando él estuvo en la acera, fuera del quicio del portal. Kate y Newton fijaron sobre él sus miradas y dispararon.

Newton agregó otra bala más, apoyando la mano izquierda en un reborde de la pared para afianzar más la puntería.

Capper se detuvo como si le hubieran clavado en el suelo. Pero parecía como un péndulo sujeto por los pies. Inclina su cuerpo hacia atrás y hacia adelante, cual si estuviera pensando retroceder o avanzar, indeciso.

Kate y Newton le observaban, apuntándole con sus armas, Newton salió de su refugio, sabiendo ya lo que le ocurría al asesino.

Capper, repentinamente, alzó los brazos, intentando asirse a algo que no encontraba. Dejó caer la Luger, dio un traspiés hacia adelante, y, lanzando un gemido ahogado, se desplomó de bruces,

los brazos por delante. Bajo él se formaba un charco de sangre.

Newton, en la mano el Magnum, avanzó paso a paso hacia él. Dio un corto rodeo, observándole atentamente. Alejó con un pie la pistola.

Kate corría, silenciosamente, descalza, cruzando la calzada. Pero apuntando al caído Capper.

—Todo acabó... —dijo Eric, inclinado sobre el asesino—. Está muerto, querida. No mires... —vaciló un poco, y la muchacha se dio cuenta de que iba a desplomarse también.

La hemorragia, no contenida, del brazo herido, le había debilitado mucho, y, pasada la excitación y el ardor de la lucha, su resistencia decaía verticalmente.

Lo sujetó, besándole con apasionamiento.

—¡Voy a buscar el coche! —le dijo, apoyándole contra la pared—. ¡Vengo ahora mismo! —Partió a la carrera en busca del coche de Newton.

Regresó, ya conduciéndole, a los pocos instantes. El amor la hacía incansable, valerosa hasta un punto casi heroico. Halló a Newton sentado sobre la acera, rodeado de un charco de sangre, con los ojos cerrados, lívido, medio desmayado.

Le cogió en sus brazos. Eric pesaba más de ciento cuarenta libras y era alto, difícil de mover en estado de relajamiento. Pero lo levantó en vilo y lo arrastró hacia el coche. Él, apretados los dientes, hacia lo que podía, dándole vueltas la cabeza, sintiéndose terriblemente débil.

Lo metió en el vehículo. Arrancó y partió a toda velocidad hacia el no lejano Charity Hospital.

A lo lejos aullaba una sirena de la Policía, acudiendo al lugar de aquel combate mortal ya terminado. El ruido de las frecuentes detonaciones de arma de fuego les puso en alarma y habían buscado hasta entonces dónde se producía.

Paró el coche ante la puerta. Eric sonrió felizmente al verla bajar y correr hacia la puerta de entrada reclamando ayuda. Dos enfermeros, con una camilla, lo sacaron del vehículo, lo tendieron en el artefacto y seguidamente pasó a reconocimiento.

—Tiene el hueso roto. Dentro de cuarenta días estará curado —dijo el médico de guardia—. Lo peor es que se ha quedado casi sin sangre. Pero le pondremos otra nuevecita. Ha apure muchacha.

Nada grave. Es fuerte este hombre, y con su cariño...

—¿Que no se apure? —dijo débilmente Newton, sonriendo—. No la conoce usted, doctor. Esta criatura admirable no se apuraría aunque el mismísimo diablo se pusiera delante de ella. Me ha salvado la vida y ha luchado..., ¡válgame Dios, cómo ha luchado! Cuéntaselo, amor mío. Yo voy a desmayarme, con tu... permiso. ¡Qué ridículo me pongo!

Kate le besaba, sollozando quedamente, mientras inyectaban a Eric sangre y drogas recuperadoras de energía.

—Fué él quien me salvó la vida, doctor —dijo al médico, que la observaba con afecto—. Tiene que ponerlo bueno en seguida, ¿eh? Hemos de casarnos, y luego yo le cuidaré. ¡Cómo le cuidaré, Dios mío!

—Lo creo —afirmó el médico, sonriendo maliciosamente—. Nadie mejor que una esposa para cuidar al marido. Y, sobre todo, una esposa como usted. Tiene suerte este hombre, palabra.

FIN



F. B. I.

LA COLECCION SIN RIVAL,
presenta en su próximo
número:

MISION SINIESTRA

por **BILL O'CREIGH**

MISION SINIESTRA es una novela de acción e intriga que seduce en todo momento y que apasiona al lector desde las primeras páginas, arrastrándole a seguir al arrojado agente del F. B. I. en sus apasionantes aventuras

La pluma brillante y amena de Bill O'Creigh consigue hacer de MISION SINIESTRA una obra maestra del género de aventuras y acción

MISION SINIESTRA

número 495 de la Colección F. B. I. de

EDITORIAL ROLLAN

LA EDITORIAL DE LOS EXITOS

**PRECIO DE ESTE
VOLUMEN: 6 PTAS.**

